EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

JUDIT DE WELP

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

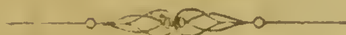
ORIGINAL DE

DON ANGEL GUIMERÁ

Y TRADUCIDA DEL CATALÁN

POR

DON ENRIQUE GASPAR



MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1892

JUDIT DE WELP

JUDIT DE WELP

TRAGEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

DON ANGEL GUIMERÁ

Y TRADUCIDA DEL CATALÁN

POR

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 23 de Abril de 1892.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES	ACTORES
JUDIT, viuda del Emperador Ludovico................	Doña Luisa Calderon.
BRUNEGILDA, hija del Duque de Septimania...........	» Remedios L. Egea.
CARLOS, Rey de Aquitanía y de Neustria..............	Don Ricargo Calvo.
GISEMBERT, juglar muy viejo	» Donato Jiménez.
BERNARDO, Duque de Septimania....................	» José Pérez.
ADELARDO, Conde palatino..	» José Calvo.
FRAY VEREMUNDO, monje benedictino..............	» Manuel Molina.
GERICO, palaciego..........	» Francisco L. Jiménez.
RASÉS, ídem..............	» Fernando Calvo.

Caballeros, Soldados, Pajes y Monjes benedictinos.

La escena en el Monasterio de San Serní (Tolosa.)
Año 844.

ACTO PRIMERO

Cámara grande. Dos puertas á la derecha, una á la izquierda y otras dos en el fondo. Una de éstas últimas, mayor que todas las otras, cubierta con una cortina. Muebles severos en armonía con el lugar de la escena. Un arpa junto al muro del fondo. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

JUDIT, GISEMBERT, FRAY VEREMUNDO, ADELARDO, RASÉS, GERICO, y CABALLEROS. La Emperatriz Judit y Fray Veremundo juegan al ajedréz. Entre los dos, y dando frente al público, Gisembert, de pié, atiende al juego y al mismo tiempo escucha la conversación que sostienen Gerico, Rasés y otros Caballeros, que de pié unos y otros sentados, se hallan alrededor de una mesa en el extremo opuesto de la cámara. Más al fondo, se pasean el Conde Adelardo y otro magnate.

RASES. Paréceme que al sitio de Tolosa
no le vemos el fin. Guarda sus muros
sin tregua ni reposo el diablo mismo.

GERICO. Quien los guarda es Bernardo, que de él tiene,
si no la cara, el corazón.

RASES. La gloria
goce el Emperador; pero es su culpa

si con ríos de sangre hirviente hoy riegan
las tierras aquitánicas sus hijos.

ADEL. Rasés, ¡paz á los muertos! Si velado,
(Suspendiendo el paseo.)
como del reino la salud, hubiera
también la Emperatríz al hijo suyo,
del uno al otro mar y en son de fiesta
el choque de las armas sonaría.

GERICO. Y al menos con su madre á todas horas
viéramos al rey Carlos, pero él huye
más cada vez del mundo y de la Reina
que, mártir, sus desvíos en el claustro
de San Albino oculta.

ADEL. ¡Oh! Mi sobrina
su augusto dueño si sonríe ignora.
¡Qué placer para todos si la tierra
le arrancara de brazos de su esposa!

RASES. Al Rey se aguarda aquí.

ADEL. (Volviendo á pasear.) Quiéralo el cielo.

GISEM. (Muy irónico, y separándose un momento de los jugadores.)
¿Y se le espera pronto?

RASES. Antes de Pascua,
según la Emperatríz.

GISEM. (Con más marcada ironía.) Enhorabuena.

JUDIT. (Con misterio, á Fray Veremundo.)
¿Hablásteis con el Conde?

VEREM. Sí.

JUDIT. (Idem, con mucho interés.) ¿Y qué dijo?

VEREM. Dispónese esta noche á obedeceros.

JUDIT. (Con naturalidad al ver que Gisembert se acerca.)
Que os aventajo ved, Fray Veremundo.

GERICO. (Hablando con los de su grupo.)
Luchar con más denuedo ante Tolosa
cumple á nuestro deber. Fuéramos befa
del Rey, señores, si al volver aún viese
de Bernardo el pendón sobre las torres
de esa altiva ciudad.

GISEM. (Separándose de los jugadores que quedan hablando aparte.)

Si herraje y cuero
vistiéseis, cual soldados, y no galas,
no fuera el miedo al Rey quien los combates
os llevara á afrontar, el honor fuera.

GERICO. ¡Gisembert! (Movimiento en los Caballeros.)

GISEM. (Con naturalidad.) ¿Qué, señores?

RASES. Tal injuria...

GISEM. El traje os injurió, no mis palabras.
(Á Fray Veremundo, acercándose á él.)
¡Oh! Perdonadme: confundís las piezas...
¿No jugáis con las blancas? Esa es roja.

VEREM. Cierto. (Moviendo otra.) Una distracción...

GISEM. Que á ser soldado,
Comprometer pudiera una batalla.

JUDIT. Gisembert, hoy del arpa no me es grato
(Interrumpiéndole.)
los acordes oir. Una doncella,
con un séquito noble, antes del día
llegará al monasterio, y á esta cámara
acceso le daréis; pero á ella sola.

GISEM. ¿Y el nombre de esa dama es?... (Con intención.)

JUDIT. (Rápidamente.) Brunegilda.

GISEM. (Ap.) Temen que los escuche. (Alto.) Caballeros,
va á venir el Rey Carlos; conque... alerta.

RASES. Dejadle; es viejo.

GERICO. Y viejo ha conocido
á nuestros padres ya.

GISEM. Y... á vuestras madres.
(Desde la puerta del medio por la que desaparece. Todos hacen un movimiento contra él. Adelardo los contiene con un ademán.)

ESCENA II

DICHOS, menos GISEMBERT

JUDIT. (Suspendiendo bruscamente el juego, y aparte á Fray Veremundo.)

Habladme de Bernardo.

VEREM. Aquí, señora,
vendrá esta misma noche.

JUDIT. (Mirando en torno.) ¡Si os oyesen!...
Contadme. ¿Qué os ha dicho?

VEREM. Vuestra carta
por dos veces leyó, y una sonrisa
dejó asomar al labio.

JUDIT. ¡Miserable!
Fray Veremundo, el alma yo quisiera
que me saliese al rostro; así veríais
el horror que de ese hombre la presencia
me da; pero no tengo á quién los ojos
volver en este trance. Mis hijastros
odian á mi hijo el Rey y desfallecen
los que fieles le son. Pero esta noche
su hija y yo rogaremos á esa fiera,
y, si al servicio de mi Carlos vuelve,
la victoria es segura. El es mi sola,
mi única salvación, y yo soy madre.

VEREM. ¿Pero segura estáis de que hoy la hija
de Bernardo aquí venga?

JUDIT. Sí.

VEREM. Ya es tarde.

JUDIT. Me lo juró su esposa con la mano
puesta sobre los santos Evangelios;
si no ablandan mis súplicas su orgullo
lo rendirá su amor por Brunegilda. (Rápidamente.)
Fray Veremundo, al despuntar el alba
que regrese al hogar esa doncella.
El día en que el Rey llegue está cercano...

VEREM. ¿Conoce á Brunegilda?

JUDIT. (Secamente.) No. ¿La entrada
tendrá Bernardo libre?

VEREM. Yo os lo fío.

JUDIT. Gracias, Fray Veremundo.

VEREM. Pero al mónstruo,
señora, no halaguéis; ved que sus labios

basta besando matan.

JUDIT. (Aparte.) ¡Carlos! ¡Hijo!

ESCENA III

DICHOS y GISEMBERT, que entra por la puerta grande del fondo; después un PAJE

GISEMB. Señores, ya está aquí. ¡Cuántas antorchas
delante van!

GERICO. ¿Quién viene?

JUDIT. (Aparte con júbilo.) De Bernardo
la hija, sin duda. ¡Oh Dios!

GISEMB. Con su llegada
todo á cambiarse va.

JUDIT. (Yendo al foro.) ¿Qué la detiene?
¿Qué aguarda para entrar?

GISEMB. Vedle, señora.

PAJE. ¡El Rey! (Descorriendo la cortina del foro.)

JUDIT. (Retrocediendo.) ¡Carlos!

ADEL. ¡El Rey!
(Gisembert, á un lado, ríe sarcásticamente.)

JUDIT. (Aparte, dudando aún.) ¡No!

ESCENA IV

DICHOS, CARLOS y CABALLEROS de su séquito. El Paje se queda en la puerta. Los Dignatarios, después del primer movimiento de sorpresa, se confunden y hablan entre sí, formando grupos distintos.

CARLOS (Siempre frío con Judit.) Madre mía...
caballeros... (Saludando.)

JUDIT. (Aparte.) ¡Oh Dios! (Alto.) Hijo...

CARLOS. Algo dadme
con que apagar la sed. (Vase el Paje.)
Madre y señora,
sorprendida de verme estáis; dijérase

que hasta el color del rostro habéis cambiado.

JUDIT. Sorprendida... es verdad, pero gozosa.

CARLOS. Y no obstante, al venir os obedezco.

JUDIT. ¿Qué? (Extrañada.)

CARLOS. Me lo ruega así vuestro mensaje.
«Corred á San Serní; ved que se os roba
la diadema real. Hijo, sin tregua
galopad noche y día.»
(Gisembert escucha y ríe; los Caballeros hablan entre sí.)

JUDIT. Yo esa carta
no he dictado.

CARLOS. Con todo, vuestro sello
llevaba.
(Gisembert ríe. Entran dos Pajes con azafates, copas y ánforas que presentan al Rey.)

JUDIT. Es misterioso lo que ocurre
y adivinar no acierto...

CARLOS. (Temeroso de que los oigan.) Madre, basta;
hablemos de otra cosa, os lo suplico.
(El Rey, que se ha sentado, se dispone á beber. Gisembert se acerca á Judit y la habla con mucha intención para que Carlos le oiga. Un caballero sirve al Rey.)

GISEMB. La ilustre dama que aguardáis no llega.

JUDIT. Bien; idos. (Angustiada.)

GISEMB. ¿Es su nombre Brunegilda?
(Al oirlo el Rey deja caer la copa que se hace pedazos.)

RASES. Señor...

CARLOS. Nada.

ADEL. ¿Qué fué?

CARLOS. La copa; frágil
cual todo lo demás que me rodea.

GISEMB. Me oyó, estoy cierto. (Aparte.)

JUDIT. (Aparte.) ¿Escucharía Carlos?
(A Veremundo.)
¿Cómo impedir, buen padre, la venida
de Bernardo?

VEREM. (Aparte á ella.) ¡Imposible! Mas, señora,
de él os respondo yo. ¿Su hija?...

JUDIT. (Aparte á él.) En mi cámara.
¡Por Dios!

VEREM. Queda conmigo. (Vase por el foro.)

ESCENA V

DICHOS, menos FRAY VEREMUNDO. Judit, sentada en un lado, habla indiferentemente con Adelardo y con los Caballeros del séquito del Rey. Gisembert queda confundido entre los grupos hasta el momento preciso.

CARLOS. Nuevas dadme,
señores, de la guerra.
RASES. La fortuna
propicia no nos es.
CARLOS. Y, sin embargo,
del juicio y del valor siempre fué amiga.
GERICO. Han entrado refuerzos en Tolosa.
CARLOS. Mejor, si es que con ellos entró el hambre.
RASES. No.
CARLOS. ¿No?
RASES. Escoltando víveres venían.
CARLOS. ¿Y así me lo decís sin que la cara
de rubor se os encienda? ¿Es que al sepulcro
de esta raza el denuedo, nunca estéril,
con mi padre bajó? ¿Cómo el acero
yace ocioso en el flanco?
GERICO. Es que vigilan
esperando el momento.
CARLOS. Hace ya un año
que aguardan, mientras vive aún en Tolosa
el hombre vil que á la Aquitania afrenta.
¿No queda ya un valiente en mis Estados
que al infame castigue? ¿Nadie siente
bastante fuerte el brazo?
GERICO. Todos.
CARLOS. Uno,

nada más que uno pido. Y ahora, oídme:
por juro de mi padre, hecho Bernardo
duque de Septimania fué. Del feudo
yo le despojo, y al que tenga bríos
para hacerme escabel de su cabeza
con que subir al trono, se lo entrego.
Ya os podéis retirar.

JUDIT. (Aparte.) ¡Oh Dios! ¿Qué ha dicho?

CARLOS. Mañana con el alba quiero el campo
recorrer en persona; aquí os congrego.
Gisembert, aguardad.

(Salen todos los Caballeros menos Adelardo y Gisembert.)

JUDIT. (Aparte.) Todo me espanta.
Mas... ¿Cómo llegó aquí?

ADEL. Señor.

CARLOS. ¿Qué hay, Conde?

ADEL. ¿A la Reina habéis visto?

CARLOS. No. Y la nueva
sabed por mí; os regalo las primicias.
Nos el Rey á la esposa repudiamos
por quien jamás amor el alma tuvo.

ADEL. ¿A la Reina?

JUDIT. (Aparto.) ¡Oh!

ADEL. Señor... ¿A mi sobrina?

CARLOS. Guardad bien el secreto y retiráos.

ADEL. Pero...

CARLOS. Conde Adelardo, buen reposo.

(Señalándole la puerta muy imperativo al ver que va á replicarle. Adelardo saluda y se retira por el fondo.)

GISEMB. Tú y yo, mi esposa amada, siempre unidos.
(Apoyándose en el arpa.)

ESCENA VI

JUDIT, CARLOS y GISEMBERT. Éste se pone á templar el arpa, cuyas cuerdas se oyen vibrar á intervalos.

JUDIT. ¿Repudiáis á la Reina, hijo?

CARLOS. Repudio
á esa esposa á quien vos, vos me ligásteis
sin deseos ni amor. Aquí la Dieta
congrégase mañana; así el Pontífice
lo desean y el Rey. Libre, señora,
vuelvo otra vez á ser. De un torpe sueño
despertar me parece. El niño es hombre;
mío es mi corazón, mis reinos míos.
Tenedlo vos presente.

JUDIT. (Siempre con mucho cariño.) ¡Tanto tiempo
sin veros! ¿Por qué adusto, hijo del alma,
sois con quien sólo vuestra dicha anhela?

(Carlos se sienta rehusando sus halagos. Gisembert hace vibrar en el arpa una nota aguda y luégo otra grave.)

GISEMB. Esta cuerda es el gozo, esta el quejido;
la humanidad todas las cuerdas juntas.
(Produciendo un acorde.)

CARLOS. ¿Así, pues, el mensaje no era vuestro?

JUDIT. No; y me pregunto en vano...

CARLOS. Sois muy buena;
pero junto á mi cuna y con los monjes.
En cuanto al bien del trono...

JUDIT. ¡Carlos, hijo!...

CARLOS. Ni se os respeta aquí ni vos la lucha
supísteis en mi ausencia conducirla.

JUDIT. Noche y día velé; pero á los vuestros
ya les rinde el cansancio en esta guerra.

CARLOS. Quien no es traidor es hembra. ¡Miserables!

JUDIT. Sólo un pacto...

CARLOS. Jamás. De Ludovico
no pacta sin ultraje con malvados
el hijo y heredero. Los que huellan
de mi padre y señor la orden sagrada
que me legó estas tierras, no se vuelven
contra mí, madre mía; no. Es su sombra
lo que escupen, y en armas me levanto,
pues vencer ó morir grita mi sangre.

JUDIT. Sueño no más. Quien no es traidor es hembra,

dijísteis vos.

CARLOS. Señora, al enemigo
pareciéndome va que estáis vendida.

JUDIT. ¡Carlos! ¡Hijo! En el alma, como agudas
flechas, vuestras palabras me han herido.
¿Yo contra vos? ¡Oh, cielos! Si supiérais
lo que ha sido mi vida en veinte años...
No lo sabréis jamás: antes la tumba.
Ved los surcos del rostro, las cenizas
que, siendo aún joven, mi cabello empañan.
Antes de nacer vos, por vuestro padre
repartidos se hallaban sus Estados
entre todos sus deudos; y á su muerte,
vos heredábais casi el vasto imperio
del que, la sangre que á torrentes corre
por privar hoy al Rey, no iguala al llanto
que á la madre costó dárselo al hijo.

CARLOS. Madre... (Queriendo cortar la conversación.)

JUDIT. Yo acabaré la guerra. Oídme.

CARLOS. No; sois mujer.

JUDIT. ¡Os tuve en mis entrañas!
¡Qué hermoso, Carlos mío, os ven mis ojos!
¿Me amáis? Decidme.

CARLOS. (Siempre con frialdad.) Con el alba debo
el campo recorrer y estoy rendido.

JUDIT. Reposad.

CARLOS. Gisembert.

JUDIT. (Aparte, yéndose.) ¡Cuánto, alma mía,
te queda aún por sufrir sobre la tierra!

ESCENA VII

CARLOS y GISEMBERT

CARLOS. ¡Gisembert!

GISEMB. Mi señor.

CARLOS. Cual si os halláseis
del Dios Padre en presencia, respondedme.

Un nombre, al llegar yo, nombre dulcísimo
y el solo que aquí vibra, (Por el corazón.) pronunciásteis
ante la Emperatríz.

GISEMB. ¿Yo? No recuerdo.

CARLOS. ¿Qué dama es esa de quien vos le hablábais?
Su nombre repetidme.

GISEMB. No sé.

CARLOS. (Con ira.) Entonces...
¿Qué le estábais diciendo?

GISEMB. (Siempre fingiendo.) Algo desnudo
de interés.

CARLOS. ¡Miserable! Tú no ignoras
que puedo hacerte ahorcar en una torre.

GISEMB. Los setenta doblé. (Con indiferencia.)

CARLOS. (Aparte.) Yo juraría
que bien oí. ¡Si el corazón aún late!
¿Cómo saber si este hombre miente ó finge?
(Alto, observándolo.)
¿Cuántos años del trono en el servicio
lleváis?

GISEMB. Ni yo lo sé. De vuestro abuelo,
del santo Emperador, era mi padre
ballestero; y ya entonces en el arpa
cierto esclavo africano me instruía,
débil aún yo para esgrimir un hierro.
(El Rey le hace seña de que no prosiga.)

CARLOS. (Ap.) ¡No, no miente; lo dice su semblante!
La ilusión puso un nombre entre sus labios
que sólo mi deseo pronunciaba.
Vamos á verla en sueños. (Alto.) Podéis iros.
(Vase triste por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VIII

GISEMBERT, cambiando de fisonomía al desaparecer el Rey y hablando sarcásticamente.

Dudas, ya no lo sois. Ella es la hija
de Bernardo á quien ama el Rey. Yo velo
por tu dicha; reposa, tierno infante.
Me lo has de deber todo. Mi capricho
te trajo á San Serní, que yo al mensaje
puse el sello imperial. Yo te prometo
que he de hacerte felíz. ¡Con qué deléite
verá asomar tu madre el nuevo día!...
(Con terrible expresión.)
Veinte años, corazón, hace que luchas
sobre Judit cerniendo tu venganza.
¡Veinte! Alégrate ya; llegó el momento.
Gusanos, á la huesa. Allí, que roan,
y flores, muchas flores por encima:
mis odios aquí dentro, (Por el corazón.) y en los labios
como un rayo de sol una sonrisa. (Vase.)

ESCENA IX

FRAY VEREMUNDO y BERNARDO, vestido también de monje, entran por la puerta grande del fondo.

VEREM. La Emperatríz mandó que hoy la nocturna
guardia aquí no se diese. Ved; no hay nadie,
Conde Bernardo, en todas estas cámaras.
Hallaréis al marcharos la salida,
como la entrada fué, segura y fácil.

BERN. Y bien. ¿La Emperatríz?...

VEREM. Vuestra presencia
debo advertirla.

BERN. (Medio descubriéndose el rostro oculto por la capucha.)
Andad.

VEREM. (Deteniéndose al irse.) Señor, cubríos;
reposa el Rey en la vecina estancia.
BERN. ¡Carlos! ¡El Rey aquí! ¿Cómo es posible? (Rápido.)
VEREM. De improviso llegó.
BERN. (Aparte.) ¿Si me quisieran
algún lazo tender? Mas no; ella sabe
mi poder lo que alcanza.
VEREM. ¿Abrigáis dudas?
BERN. (Dominado por una idea.)
No; la prueba tened. En tanto llega
la aguardaré aquí solo. En Aquitania
leales y rebeldes la luz vimos,
y harto os consta que nunca de ese pueblo
manchó vileza alguna el noble escudo.
Salid.
VEREM. Pero, no obstante...
BERN. Os lo suplico.
Conozco el monasterio.
VEREM. Vuestras órdenes
acato. (Ap.) ¡Y el honor este hombre invoca!
(Vase por la puerta del centro.)

ESCENA X

BERNARDO

¡Mi mano en su garganta... y libres todas
las puertas ante mí para la fuga!...
¿Es Dios ó es Satanás el que me induce?
Pensamiento, serénate. Viniste
llamado por Judit, y lo que quiere
debes antes saber. ¿Pero qué oferta,
que la muerte del Rey valga á mis ojos,
me podría ella hacer? Una por una
las mercedes que el padre á manos llenas
sobre mí derramó, Carlos me roba
su soberbia escupiéndome en el rostro.
Y duerme allí... Y en las tinieblas puedo,

cual lo soñé mil veces, la ancha hoja
de este puñal hundirle en las entrañas;
y aun humeante de su sangre negra
llevarlo á su rival y «Rey,» gritarle,
«Libres ya los Estados son y vuestros,
que al vil Carlos maté.» Y entre mis brazos
volvería de nuevo la Aquitania
y la Marca á estrechar, ciñendo casi
la corona de un Rey... Pues bien, que sea.
(Con emoción creciente y á pausas dejando entrever cierta cobardía en medio de su exaltación.)
¡Valor! Estos latidos, ¿son de gozo?
¡Qué rumor! No; aquí dentro es donde zumba.
(Por su cabeza después de escuchar por todas partes.)
¿Dormirá el Rey? Es justa la sentencia;
no es venganza tan sólo. Si pudiese,
rezaría. No hay nadie. Tiembla el arma.
(Con la mano en el puñal que se le engancha en la manga al ir á desenvainarlo produciéndole terror.)
¿Quién me detiene el brazo? Ha sido el hábito.
¡Maldito miedo el mío! Es un instante
nada más allí dentro... Aquí la puerta,
luégo el triunfo.
(Desaparece por el cuarto del Rey blandiendo el puñal.)

ESCENA XI

JUDIT, viniendo por la primera puerta de la derecha; después BERNARDO, por la cámara real, desarmado y presa de febril agitación.

JUDIT. ¡Qué impac.encia! Nadie.
Todavía esperar. No corre el tiempo.
BERN. (Ap.) ¡Ah! ¡Dios mío! ¿Qué ví? Fué sueño...
JUDIT. ¿Un monje
en la estancia del Rey?
BERN. ¡Su nombre, el de ella!
(Reparando en Judit que se le pone delante.)
¿Vos?

JUDIT. ¡Bernardo! ¡Oh!
BERN. (Aterrado.) Perdón.
JUDIT. ¡Mi hijo!
BERN. (Suplicante.) Escuchadme.
JUDIT. ¡Mi hijo, mi Carlos!
BERN. Vive, yo os lo juro.
JUDIT. ¿Y por qué en ese cuarto... y esa angustia?
¡Os trajo un crimen!
BERN. No.
JUDIT. Sí; que en el rostro
vuestro aprendí á leer por mi desgracia.
Miradme. No, á los ojos. ¿Vuestra vista
por qué apartáis temblando? Vil cual siempre,
como siempre cobarde.
BERN. (Muy emocionado por lo que va á decir.)
Sí. Yo á Carlos
con mi puñal amenacé.
JUDIT. ¿Vos contra?...
(Deteniéndose horrorizada de lo que iba á decir.)
¿Vos contra mi hijo? ¿Sois como las fieras?
¿Qué tenéis aquí, entonces, mónstruo? ¿Nada?
(Por el corazón.)
(Ap.) Señor, que se detenga el labio mío;
si no que un rayo vuestro me aniquile.
(Alto.) Nada quiero de vos. Idos, me espanta
hasta oir vuestra voz. Salid.
BERN. Dejadme
un misterio aclarar que me enloquece.
Yo levanté el puñal; el Rey dormía,
pero al abrir su labio solté el hierro,
pues pronunciaba un nombre; el de mi hija.
JUDIT. Brunegilda. ¡Oh, mi Dios!
BERN. ¿Por qué, señora?
JUDIT. (Ap.) No la ha olvidado aún. ¡Si á verla vuelve!...
BERN. ¿Fué el cielo?
JUDIT. No, el infierno.
BERN. Ha sido un ángel,
ella sola, la vida de mi vida

quien detuvo mi brazo. ¿El la conoce?

JUDIT. ¿Carlos? No... Mas decid. ¿Cómo halláis, mónstruo,
ternura en vuestro sér para esa niña?
¿Cómo caben al par en vuestro pecho
virtud y crimen? ¿En la sima obscura
donde rebullen iras y odios reinan,
también para el amor hay un sagrario?
¿Cómo el brazo que el arma asió homicida,
ser puede el mismo brazo que rodea
trémulo de una virgen la cintura?

BERN. Callad. A Brunegilda sobre todo
lo del mundo amo yo.

JUDIT. ¿Cómo así siendo
le dais por galardón mengua y deshonra?
¡Hombre vil y traidor! Mientras sus puras
preces hijos y esposa á Dios elevan
por la salud del Rey y de la patria,
vos.... vos... ¡horror me da! ¿Si ahora saliérais
de allá con el puñal aún goteando
sangre, y aquí de pronto á Brunegilda
sintiérais que besándoos amorosa,
se echaba á vuestro cuello, ¿en dónde, en dónde,
decidme, ese puñal esconderíais?
Tal vez gritárais: «¡Hija, la ventura
te trae tu padre aquí, besa esta mano!»

BERN. Por piedad... no. Ese hierro en mis entrañas,
porque ella no lo viese, ocultaría.

JUDIT. Pues hoy y en breve, Conde, habéis de verla
por esa puerta entrar.

BERN. ¿A ella?... Señora...
¿Mi hija? No puede ser. Por Dios, decidme
que he comprendido mal.

JUDIT. Su pobre madre,
por el dolor postrada, también purga
mártir vuestros errores, y á rogaros
ese ángel viene por el bien de todos
que acabéis esta guerra fratricida.
Pero mejor será que no os encuentre.

Idos, idos.

BERN. ¡Qué angustia! Esto es horrible.
Yo á mi hija quiero ver... Pero juradme
que no le diréis nada... Antes la muerte.
Lo que quiero no sé... Sí: quiero verla.

JUDIT. Tras esa puerta, un corredor, Bernardo,
conduce hasta una estancia en que la imagen
de Jesús hallaréis. En ella oculto
quedad rogando á Dios hasta que llegue.

BERN. ¿Vos... nada le diréis? (Suplicando sumiso.)

JUDIT. Nada. Os lo juro
por la salud y gloria de mi Carlos.
(Vase Bernardo por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XII

JUDIT y FRAY VEREMUNDO, por la puerta grande del centro.

JUDIT. ¿Y amarle pude un día? ¿Y mi alma pura
por tal hombre cayó? ¿Y aún su presencia
tendré que soportar toda esta noche?...
(Va á marcharse y retrocede.)
No. De aquí no me muevo; entre él y Carlos
me parece que es poco hasta Dios mismo.
¡Piedad de mí, Señor! (Pausa.) ¿Por qué vinísteis,
Carlos, á San Serní? ¡Que yo temeros
deba cuando hoy por vuestra gloria lucho!
Todo en silencio está. ¿Cómo aún no viene?

VEREM. Señora...

JUDIT. ¿Es ella, Brunegilda?

VEREM. Espera.

JUDIT. Loado sea Dios que me la envía.
¿Dónde está?

VEREM. Caballeros la acompañan
y la abadesa de San Juan.

JUDIT. Que á todos
digno hospedaje den según su alcurnia;
pero lejos de aquí, lejos; que nadie

nos oiga.

VEREM. (Yéndose.) En mí fiad.

JUDIT. ¡Si ella supiera
que á salvar viene al hombre á quien adora!

ESCENA XIII

JUDIT y BRUNEGILDA

BRUNEG. Señora .. (Queriendo arrodillarse.)

JUDIT. No, hija mía; aquí en mis brazos,
sobre mi corazón.

BRUNEG. ¡Ah!

JUDIT. (Siempre muy cariñosa.) Brunegilda,
tembláis. ¿Por qué?

BRUNEG. La tempestad, señora,
lejos de aquí nos sorprendió esta tarde.
Muchos la ruta suspender quisieron,
viendo que los torrentes por la lluvia
se desbordaban ya; mas yo palabra
de venir dado había, y el viaje
mandé seguir, y vedlo, la he cumplido.

JUDIT. Sois un ángel.

BRUNEG. Por vos, por vos la muerte
arrostraría yo.

JUDIT. Gracias.

BRUNEG. La niña
ya es toda una mujer. Pero... así mismo,
ver tanta obscuridad me daba miedo.

JUDIT. Habladme, Brunegilda; al escucharos
mi corazón se ensancha. ¿Y vuestra madre?

BRUNEG. Siempre enferma en Lodern. Todos ignoran
que en la ciudad estamos. ¡Si ellos hijos
y esposa de Bernardo nos creyesen!...
Sus días pasa allí por vos rogando
y por mi padre á Dios... Y ahora quisiera
deciros una cosa si enojaros

no temiese.

JUDIT. ¿Vos, hija? Al lado mío.

(Con amorosa solicitud, queriendo hacerla sentar junto á ella. Brunegilda se coloca á sus piés.)

BRUNEG. No, á vuestros piés; que vea vuestra cara
cual si mirase al cielo. Yo á mi padre
quiero más cada vez; hasta sus yerros
mi cariño por él convierte en flores.

JUDIT. Que hoy vuestro puro amor obre un milagro.
Confío en vos. Para acabar la guerra
poder mi hijo no tiene. A vuestro padre
vos ablandar sabréis con vuestros ruegos.
(Haciendo un esfuerzo.)
Yo á sus plantas también...

BRUNEG. Mandad, señora.

JUDIT. Pero de aquí saldréis antes del día. (Conmovida.)

BRUNEG. ¿Mi presencia os enoja?

JUDIT. No; es que el alba
traerá combates.

BRUNEG. (Con mucho afecto y ternura.) Me tendréis al lado.

JUDIT. Un poder superior de aquí os aleja;
no queráis saber más.

BRUNEG. ¡Ah!

JUDIT. Vuestro padre
nos espera; venid.

BRUNEG. Antes, señora,
dejad que os hable un corazón que sufre.
Mirad mi palidéz; de amor me abraso.

JUDIT. ¿Vos? ¡Dios mío! ¿Y por quién?

BRUNEG. La muerte misma
dulce me fuera por saberlo. Oídme:
yo era educanda en Suria; el monasterio
nunca de mayor dicha fué testigo.
Por mí cantaba el pájaro en el cláustro,
por mí la flor en el jardín se abría.
Pero unos cazadores cierta tarde
llegaron; y el más joven y más bello
de la garrida banda, fijamente

los tristes ojos en mi cara puso,
y desde aquel momento por mí sola
ni se abrió ya la flor ni cantó el ave;
que él volvía feliz y enamorado
día tras día á hacerme el juramento
de su amor que yo trémula escuchaba.
¡Oh! Aldunio. ¿Dónde estás?

JUDIT. (*Con agitación creciente.*) ¿Se llama Aldunio?

BRUNEG. ¿Le conocéis acaso?

JUDIT. No.

BRUNEG. Una noche
por sorpresa en mi cuarto entrar un grupo
ví de hombres, que la faz con negros paños
ocultaban siniestros. «Mientras vivas,
ni te acuerdes de Aldunio—me dijeron—
que está el infierno entre ambos.» Y cual sombras
se alejaron después. Desvanecida
caí en el suelo; y al abrir los ojos,
recuerdo que mi madre con sus lágrimas
me regaba el semblante. Mas la celda
no era aquel cuarto, pues por él mis tiernos
hermanitos corrían. En mi casa
me hallaba, sí; en mi casa en otros tiempos
tan alegre, y después siempre tan triste,
sin un recuerdo de él. Nada de Aldunio
desde entonces más supe.

(*Gisembert aparece por el foro, y sin ser visto entra en la cámara del Rey.*)

JUDIT. ¿El ignoraba
quién érais vos?

BRUNEG. Perder su amor temía,
pues en el bando opuesto de mi padre
que luchaba entendí, y callé miedosa.

JUDIT. Olvidadlo, hija mia.

BRUNEG. ¿A Aldunio?

JUDIT. (*Con energía reconcentrada.*) Es fuerza
que así lo hagáis.

BRUNEG. Jamás.

JUDIT. ¿Qué? Vuestro padre
nos aguarda, venid.
(Conteniéndose y cortando la entrevista.)

BRUNEG. ¿Mi desventura
no os parte el corazón? ¿No es una celda
de mi agonía el natural refugio?
Consejo dadme vos.

JUDIT. (Con aspereza.) ¿Yo? Vuestra madre.
¿Me importa acaso á mí?...

BRUNEG. ¿Por qué os enoja
mi pena así?

JUDIT. (Secamente.) Quitad.

BRUNEG. (Llorando.) ¡Pobre alma mia!
¿Qué os hice? ¡Ah! ¿Vos lloráis?

JUDIT. (No pudiendo contenerse y rompiendo á llorar.)
¡Sí... ardientes lágrimas!
Venid, venid, que las vertamos juntas.
(Recibiéndola en sus brazos.)

ESCENA XIV

JUDIT, BRUNEGILDA, GISEMBERT y CARLOS, con el puñal de Bernardo en la mano.

CARLOS. (Aparte á Gisembert, viniendo de la izquierda.)
¿Por qué me despertáis?

GISEMB. Por vuestra dicha.
(Vase por la puerta grande del foro.)

JUDIT. (Ap.) ¡Mi hijo! (Alto.) No os apartéis. Aqui, en mis
[brazos.
(Escondiendo con espanto á Brunegilda para que el Rey no la reconozca. Aparte.)
¡Piedad, oh Dios, piedad!

CARLOS. (Con extrañeza.) Madre y señora...

BRUNEG. ¡Ah! (Al oir su voz.)

CARLOS. ¿Cómo este puñal hasta mi cama
llegó?

BRUNEG. (Luchando por desasirse.)
¡Su voz es esa!
JUDIT. (Estrechándola con fuerza.) ¡No!
CARLOS. (Siempre con extrañeza.) Explicadme...
JUDIT. ¡Idos, idos! (A Carlos.)
CARLOS. ¿Qué dama es esta?
BRUNEG. (Con un grito ahogado, pugnando por verle.)
¡Aldunio!
¡Si es él!
CARLOS. Que tiene miedo se diría,
de su Rey.
JUDIT. (A Brunegilda, que se le desprende de entre los brazos.)
¡Ved que es mi hijo!
BRUNEG. ¿Aldunio? ¡Cómo!
(Parándose aterrada al ir á precipitarse sobre Carlos.)
¿Será el Rey?
CARLOS. (Reconociéndola.) ¡Ah!
JUDIT. (Queriendo interponerse.) ¡No!
CARLOS. (Abrazándola.) ¡Es ella! ¡Brunegilda!
¡Brunegilda!
BRUNEG. ¡Mi Aldunio!
CARLOS. (Con ira.) ¡Madre!
JUDIT. (Con dolor extremo.) Carlos..
BRUNEG. (Apartándose al oir su nombre.)
¿Carlos? Pero...
CARLOS. Sí; yo. Tu amor, tu alma.
JUDIT. No, ese amor no será; yo no lo quiero.
CARLOS. (Con cólera creciente hasta el fin de la escena.)
¡Todo á la luz por fin lo ven mis ojos!
¡Vos fuísteis, vos sois, madre, el hada adversa
que la hiel en mis labios vertió siempre!
¡Vos, sólo vos, quien por placer del crimen,
me robó á esta mujer de entre los brazos!
JUDIT. ¡Carlos!
(Judit quiere hablar durante toda la escena; pero no le deja lugar la ira del Rey, el cual avanza sobre ella haciéndola retroceder hasta que desaparece por la primera puerta de la derecha.)

CARLOS. ¡Ira de Dios! ¡Yo la clausura
como un loco rompí, sobre mi pecho
clavándome las uñas, golpeando
mis sienes al llamarla; y hallé el cláustro
mudo á mis gritos y las piedras mudas;
mudas en sus retablos las imágenes
y mudas las mujeres, que aunque hería
su vírgen carne el látigo, callaban!
JUDIT. Oid.
CARLOS. ¡Para romper esta cadena,
cómplice fué la Iglesia, y fué mi esposa
vergonzoso instrumento! ¡Contra todos
mi alma templada está! ¡Los eslabones,
de nuevo unidos ved! ¡Ahora que prueben
de mis amantes brazos á arrancarla!
(Abrazando á Brunegilda, que lucha por contener su furor contra su madre.)
JUDIT. ¡Hijo!
CARLOS. ¡No os quiero oir; atrás, señora!
JUDIT. ¡Carlos!
CARLOS. ¡No os acerquéis, que ante mis ojos
sólo el veros me enoja y se extravía
mi razón! ¡Soy el Rey! ¡Idos! ¡Afuera
de esta estancia! ¡No habléis! ¡Salid! ¡Dejadme,
que escarmiento y venganza el pecho grita!

ESCENA XV

BRUNEGILDA y CARLOS

BRUNEG. Me das miedo.
CARLOS. En tus manos mi cabeza,
ven que cobije yo.
BRUNEG. Deja á mis labios
que se lleven tus lágrimas.
CARLOS. Son de odio.
Matarán cual veneno al que las beba.

(Enjugándose los ojos por última vez con el pañuelo, que arroja en la dirección en que salió Judit.)

BRUNEG. ¿Conque no eres Aldunio?
CARLOS. No; esta noche
soy tu Rey; y mañana, Brunegilda,
seré ante el mundo y ante Dios tu esposo.
BRUNEG. ¿Estoy despierta ó sueño? ¿Yo en tus brazos?
CARLOS. Siempre á tu lado, cual las ramas juntas
de un tronco mismo, la fragancia eterna
de sus eternas hojas confundiendo.
BRUNEG. Mírame. ¿Es que estoy muerta, y que mecida
por los ángeles mi alma sube al cielo?
CARLOS. Qué era amor yo ignoraba. De los hombres
pensé que el corazón era más duro.
Cuando te ví, mi bien, lo que en el mío
pasó no supe y te oculté mi nombre.
Y aquella noche en el reposo la ira
me inflamó. ¿Cómo á mi nieto de reyes,
una débil mujer me arrebataba
mis sueños ambiciosos de conquista?
Bien me acuerdo, ángel mío: ante mis ojos,
hincada en tierra por mi mano, erguíase
mi lanza de buen temple sustentando
mi escudo y mi ropón. De pronto, intensa
fiebre sentí que á conturbarme vino,
y á modo de fantasma, ví tu imagen
que amorosa los brazos me tendía.
«Ven,» sin quererlo te gritó mi labio;
«ven.» Y vertieron lágrimas mis ojos,
que eras la causa tú de mi torpeza.
Romper quise el hechizo. En mi locura
como un dardo el puñal lancé á tu sombra;
partida en dos al golpe, por el suelo
rodó mi lanza en el ropón envuelta;
gimió el escudo y se borró el fantasma.
Pero ya desde entonces era tuyo;
constante afán de verte me cegaba;
nombrarme quise, mas callé temiendo

que, como del puñal tu bella imagen,
huyeses de mi nombre horrorizada.
BRUNEG. ¡Naciste en regio trono! Yo no alcanzo
más que sólo á sus gradas. ¡Si supieras
quién es mi padre, Carlos!
CARLOS. ¿Qué me importa
de dónde viene el sol si trae la vida?
BRUNEG. ¿Me juras mío ser? ¿Por quién lo juras?
CARLOS. Por mi amor y ante el cielo.

ESCENA XVI

BRUNEGILDA, CARLOS y BERNARDO, que viene por la segunda puerta de la derecha, atraído por la voz de su hija.

BERN. (Aparte.) ¡Brunegilda!
CARLOS. ¿Quién? (Extrañado.)
BERN. (Aparte.) ¡El Rey! ¡Me perdí!... (Retrocediendo.)
CARLOS. Venid, buen monje.
BERN. (Si llega á conocerme...) (Aparte.)
CARLOS. El juramento
recoged, que, ante vos como en presencia,
hago, del mismo Dios, de ser su esposo.
BERN. (Descubriéndose á su hija en su sorpresa.)
¡Vuestra esposa ella!
BRUNEG. ¡Padre!
BERN. ¡Cielos!... ¡Hija!...
CARLOS. ¿Su padre? ¡Qué misterio!... (Queriendo verle el rostro.)
BRUNEG. ¡Es él, miradle;
mi Aldunio, el dueño mío!
BERN. ¡Calla!
BRUNEG. ¿Cómo?
CARLOS. ¿Quién sois?
(Sospechando y poniéndole la mano en la capucha.)
BRUNEG. Mi padre, Carlos.
CARLOS. (Bajándole la capucha.) ¡Esa cara!...
BRUNEG. ¡Ah!
CARLOS. ¡Qué! ¡El Conde Bernardo!

BERN. En vuestras manos
depongo yo las armas.

CARLOS. Brunegilda,
díme por caridad que esto es un sueño,
que tu padre no es él!

BRUNEG. Si, sí; es mi padre.

CARLOS. ¿Cómo bajo mis piés no te abres, tierra?

BERN. (Ap.) ¡Aquí nace otra vez mi poderío!
(Viendo satisfecha su ambición con la boda de su hija con Carlos.)
(Alto.) Sea este ángel, señor, el lazo que una
bajo vuestro poder todas las vidas.

CARLOS. ¡Jamás! Antes se rompan mis entrañas
que aceptar de esa mano amor ni gloria.
De vos no he de tomar más que la sangre.
Idos; dejadme todos.

BRUNEG. ¡Carlos! ¡Carlos!

CARLOS. Tú no te vayas, no; tú no me dejes. (Enternecido.)

BRUNEG. ¿Por qué te he vuelto á ver?

CARLOS. Porque fundidas
vivan de un solo aliento nuestras almas;
pero solos los dos, sin ver á ese hombre.

BRUNEG. (Retrocediendo y abrazándose á su padre.)
Adiós, pues.

CARLOS. ¿Qué?

BRUNEG. ¡Hasta el cielo!

BERN. ¡Hija adorada!

CARLOS. ¿Me dejas con la muerte?

BRUNEG. También, Carlos,
la partiré contigo... desde lejos.

ESCENA XVII

DICHOS y JUDIT, recatándose de los otros.

JUDIT. (Ap.) Dios los separa.

BRUNEG Si me dió la vida,
¡ay, Carlos! ¡Si es mi padre! ¿Cómo puedes

aborrecer tú así lo que yo adoro?
¡Y si es mi amor intenso! Vamos, padre,
recorramos las tropas enemigas;
yo hablaré á los caudillos de esas turbas
hasta hacer que los hierros de sus manos
caigan, Carlos, por tí vencidos.

BERN. ¡Hija!

BRUNEG. Vamos, padre. (Resueltamente.)

CARLOS. ¡Jamás!

JUDIT. (Aparte.) ¿Qué?

CARLOS. Entre mis brazos
antes te ahogara que cruzar la puerta.

JUDIT. (Ap.) ¡Oh!

CARLOS. Tú sobre mis odios, tú primero.
¡Bernardo!

BERN. (Aparte.) El triunfo es mío.

CARLOS. Yo os perdono.

BRUNEG. ¡Ah! (Corriendo al Rey.)

BERN. ¡Señor!

JUDIT. ¡No! ¡Imposible! Brunegilda
no será vuestra esposa.

CARLOS. ¿Quién se opone?

JUDIT. Yo.

CARLOS. La causa. (Airado.)

JUDIT. ¡Oh! (Aparte, inspirada por una idea.)

CARLOS. Decid.

JUDIT. ¿Queréis saberla?
Este puñal... (Por el de Bernardo que toma de la mesa.)

BERN. (Aparto.) Me pierde.

CARLOS. ¡El que del lecho
recogí al despertarme!

JUDIT. Sí. Es del Conde
que atentó á vuestra vida. El os separa.
(Arrojándolo entre los dos amantes.)

CARLOS. ¡Oh!

BRUNEG. ¡Padre!

JUDIT. Ved en la hoja su divisa.

CARLOS. (Desenvainando la espada y acosando al Conde.)

¡Oh! La muerte.

BRUNEG. ¡Ah!

JUDIT. ¡Hijo, atrás! No. ¡Vos herirle!...

(Abrazándose al Rey para que no sea el matador.)

¡Qué horror!

CARLOS. Dejadme. (Luchando por desasirse.)

JUDIT. ¡No!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y GISEMBERT

GISEMB. (Al Conde.) Venid. Yo os salvo.

(Al caer el telón Brunegilda queda en el fondo de la escena, con los brazos extendidos, defendiendo la puerta por donde han desaparecido Bernardo y Gisembert. En primer término, Judit se aferra á su hijo que, con la espada desnuda, amenaza al Conde.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Otra cámara del Monasterio. Dos puertas á la derecha y ninguna á la izquierda. Una pequeña, en un lado del foro. En el centro un gran arco que deja ver por completo una capilla corta, en cuyo fondo hay una puerta abierta. El altar ha de encontrarse en una de las paredes laterales, y por consiguiente de perfil al público. En el arco, una gran cortina toda corrida á un lado. Luces en una mesa y otras en la capilla. Estas no se apagarán en todo el acto; las otras cuando se indique. Empieza á alborear.

ESCENA PRIMERA

BRUNEGILDA, CARLOS y GISEMBERT; aquélla sentada y el Rey á sus piés. Gisembert, no lejos de la puerta del foro, tocando el arpa, cuyas últimas notas se oyen aún al levantarse el telón.

CARLOS. Gisembert, ya tus manos para el arpa
inseguras van siendo y temblorosas.
BRUNEG. Vibrar del corazón la hacen los ecos.
GISEM. Mal á mis canas pese, el mío es joven.
CARLOS. ¿La mano incierta, la cabeza blanca
y el corazón aún joven? ¡Bah! Sus cantos
más sonoros el arpa como el ave

los entona al sentir la primavera.

BRUNEG. Juventud es amor; el que ama es joven.

CARLOS. Pero flores no dan campos de nieve.

BRUNEG. Pues viejecita yo, y helada y yerta,
te amaría cual hoy; que si del alma
sale amor, debe ser como ella eterno.

GISEM. (Irónico.) El gran Emperador, vuestro buen padre,
ya viejo fué al altar. Si amante esposa
tuvo en la Emperatríz... dígalo el mundo.

CARLOS. Mi padre ya murió; ¡paz á sus restos!
Mira, mi bien, la clara luz del día
que empieza á despuntar.

BRUNEG. ¡Sobre tu cara,
qué hermoso es su fulgor!

CARLOS. Esposa mía
ha de verte hoy el sol. Nuevas de guerra
del monasterio oblíganme á alejarme,
y has de seguirme. ¿Cómo separarnos?
¡Oh! ¡Qué mirar tan triste!

BRUNEG. ¡Es que la pena
se mezcla á mi placer! ¿Por qué la enojan
tanto á tu madre, dí, mis esposales?

CARLOS. Porque eres hija de Bernardo.

BRUNEG. ¡Oh! ¡Vuelve
á decirme otra vez que le perdonas!

CARLOS. ¿A tu padre? Mi amor... Sí; le perdono
y á todos. Quiero yo, cuando ante el ara
la rodilla hinques tú, que allí contigo
se arrodille la tierra agradecida.

BRUNEG. ¿Verdad que ya no crees que quiso herirte?
(Pausa. Conteniendo un movimiento de ira del Rey.)
Me has jurado que ya no lo creías.

CARLOS. ¿Mirándome tú así, quieres que encuentre
crímenes en la vida? En mi arrebato
le hubiera muerto allí... Tú eres su hija...
Se fué... Tanto mejor. ¿En este instante
dónde cabría el odio? Guardián suyo
vos seréis, Gisembert, hasta mi vuelta.

Debo correr el cerco esta mañana.
GISEM. Honra y placer, señor, en mí es serviros.
CARLOS. Fué suyo aquel mensaje misterioso (A Brunegilda.)
que á tus brazos, mi bien, me trajo anoche.
(El Rey toma sus armas.)
BRUNEG. ¡Dios por ello os bendiga!
GISEM. (Aparte, riendo.) ¿Dios á mi alma?
BRUNEG. ¿Y qué es de mi buen padre? (Aparte á Gisembert.)
GISEM. Está en Tolosa.
BRUNEG. Vos del Rey ayer noche le salvásteis.
(Aparte, muy reconocida. A Carlos, muy cariñosa.)
Yo una gracia á mi Rey pedir quisiera.
¿No me la negarás?
CARLOS. Tú sola mandas.
BRUNEG. Que al templo á ser testigo de mi dicha
venga mi padre.
CARLOS. (Ofendido.) ¡No!
BRUNEG. (Con afectuosa reconvención.) ¡Cómo! ¿Te opones
á mi súplica?... ¡Aldunio!
(Riñéndole amorosa para no dejarlo hablar.)
CARLOS. (Cediendo.) ¡Vida mía!
BRUNEG. (A Gisembert, fingiendo dar órdenes imperiosamente, pero muy cariñosa en el fondo.)
Un heraldo á Tolosa con mensaje...
GISEM. (Ap.) ¡Niños son! De este sol la dicha esperan
y este sol es mi triunfo.
(Por el día, que aparece por la segunda puerta de la derecha, por la que se va Gisembert, llevándose las luces de la estancia.)
CARLOS. ¡Mi bien!
BRUNEG. ¡Carlos!

ESCENA II

BRUNEGILDA, CARLOS y JUDIT, que viene por la primera puerta de la derecha, y se sienta lejos de ellos sin ser vista.

JUDIT. (Ap.) ¡Oh! ¡Desgraciados! ¡Que implacable entre ellos
todo un Dios se levante! ¡Que no pueda

darles yo con mi vida la ventura!

CARLOS. Ya es hora; ¡adiós! (A Brunegilda.)

BRUNEG. ¡Si no volvieses, Carlos...
si otra vez te perdiera, me moría!

CARLOS. Te juro...

JUDIT. (Suplicante.) ¡No!

BRUNEG. (Siempre afectuosa.) Señora...

CARLOS. (Violentado y con sentimiento.) ¡Madre... madre!...

JUDIT. ¡Brunegilda! (Abrazándola.)

BRUNEG. Yo os quiero.

JUDIT. ¡Carlos, hijo!
¿Ni una mirada, á mí... yo vuestra vida?

CARLOS. (Con entereza, pero afectuoso.)
Dentro de breves horas la nobleza
vendrá á llevar al templo á Brunegilda
á la cual, ante Dios, del hijo vuestro
consagrará la Iglesia por esposa.

JUDIT. ¿Y eso hoy mismo ha de ser? (Levantándose de repente.)

CARLOS. Hoy mismo. Aun cuando
la bóveda del cielo cáiga encima
de San Serní, será.

JUDIT. Pues, Carlos, sea.

CARLOS. Fuera de Dios al Rey nadie su veto
le pone.

JUDIT. Bien está; pero antes, hijo,
dejaré el monasterio. Con el llanto
de mis ojos las fiestas turbaría.

BRUNEG. No.

CARLOS. (Con amargura.) Bien pensado, madre; por la vuestra,
por nuestra propia dicha, debéis iros.

BRUNEG. ¿Pero por qué?

CARLOS. De mis mejores tropas
tomad escolta.

JUDIT. (Rehusando.) En mi litera, nada
puedo temer.

BRUNEG. Decidme. ¿Es que hay ni sombra
de falta sobre mí? ¿Seré yo indigna
de él?

JUDIT. No, que sois como la nieve, pura.
BRUNEG. ¿Y á mi madre queréis?
JUDIT. Es una santa.
BRUNEG. Pues hoy aquí llenad el sitio de ella.
JUDIT. No, no, me iré.
BRUNEG. (Llorando.) ¿Qué os he hecho yo, señora?
CARLOS. (A Judit, con dolor.)
¿El llanto que por vos vierte esta niña
como fuego, decid, no os quema el alma?
JUDIT. (Ap.) Perdonadle, Dios mío.
CARLOS. (Llevándose á Brunegilda hasta la primera puerta.)
Anda; no vean
mis caudillos que lloras. (Vase Brunegilda.)

ESCENA III

JUDIT, sentada á un lado; CARLOS, GERICO, RASÉS y ADELARDO, que no se deja ver hasta que habla con el Rey y CABALLEROS que vienen por el foro.

GERICO. Aguardando
vuestro séquito está.
RASES. (Saludando.) Señor...
CARLOS. Marchemos.
Vamos ya. Recorrer quiero de cerca
las terribles murallas de Tolosa.
Quiero que en sus ruinas vuestra sangre,
señores, me enseñéis. Y hasta quisiera
poder contar las manchas que en el campo
los hoyos al abrir dejó la yerba,
para ver los que han muerto ante la plaza
y saber si es el miedo el que os detiene.
RASES. Jamás, señor, de Carlomagno tales
palabras escuchamos.
CARLOS. Porque nunca
su rostro visteis, no. Si una mirada
le hubiérais merecido, ó fuera escombros

Tolosa, ó en el polvo ya estaríais
el sueño de los mártires durmiendo.

GERICO. Señor... (Ofendido.)

CARLOS. Marchemos, pues, y allá mostradme
vuestro pecho; no aquí solo de amigas
paredes rodeados. A vos, madre,
buena guía os dé Dios.

JUDIT. Él con vos quede.

(El Rey hace seña de que vayan saliendo. Adelardo aparece en medio de los Caballeros y detiene á Carlos.)

ADEL. Rey Carlos, os lo ruego; una palabra
por respuesta no más.

CARLOS. Conde...

ADEL. ¿A su esposo
qué hizo la Reina, que con tal desprecio
mancha su pura frente?

CARLOS. (Con amargura y enojo.) ¿Lo veis, madre?

JUDIT. (Ap.) Con este hombre renace mi esperanza.

ADEL. (Muy digno y enérgico.)
Al altar la llevásteis y hoy perjura
va á ser el alma vuestra. Haced justicia.

CARLOS. Conde Adelardo, basta; si os enoja
tanto el vivir, ya encontraréis, y pronto,
muerte de vos más digna en las batallas. (Con calma.)
Para ser deslenguado escogéis, Conde,
buen día; soy feliz. Si no, mis gentes (Iracundo.)
con la espada de plano, como á un perro
que aulla, de mi lado os echarían.

ADEL. Señor...

CARLOS. (Desdeñoso.) Soy felíz. Paso. Hoy no me cuido
de si habláis ni existís. A las murallas.
(Vase por el foro.)

ESCENA IV

JUDIT y ADELARDO

ADEL. ¡Oh! ¡Qué afrenta, Dios mío! Mis mejillas
abrasan de rubor. ¡Yo que cien veces

por él mi vida expuse!

JUDIT. (Aparte.) No vacilo.

(Alto.) Conde Adelardo.

ADEL. ¿Oísteis? Yo su causa

desde hoy dejo, señora; al Rey mi brazo

niego y mi corazón.

JUDIT. Mas no á su madre.

ADEL. Vos unísteis al Rey con mi sobrina.

¿Cómo hoy que de su lado se separa

consentirlo podéis vos y la Iglesia?

JUDIT. La Iglesia sí, yo no.

ADEL. Pero otra esposa...

JUDIT. Nunca será su esposa Brunegilda.

Antes que ver á mi hijo entre sus brazos

muerto yo le quisiera. Ese repudio,

Conde, lo ignoran todos todavía;

y mientras nuevo lazo al Rey no ligue,

de la Reina no ha muerto la esperanza.

ADEL. Pero ello ha de ser hoy, señora, hoy mismo.

JUDIT. Oidme y venceremos.

ADEL. De la Reina

la vida en ello va.

JUDIT. (Aparte.) Y también mi alma,

que esa fatal unión me abre el infierno.

ESCENA V

JUDIT, ADELARDO y FRAY VEREMUNDO, por el foro.

Toda la escena con mucha rapidéz.

JUDIT. ¿En vuestra juventud, Fray Veremundo,

las armas empuñásteis?

VEREM. Fuí soldado.

JUDIT. Mi padre un día os evitó la muerte.

VEREM. Que Dios haya al buen Conde.

JUDIT. Vuestra ayuda

su hija hoy de vos reclama.

VEREM. Si la deuda
puedo pagar...

JUDIT. Conde Adelardo, oídme:
quiero, Fray Veremundo, á su regreso
que el Rey no encuentre más á Brunegilda.

ADEL. ¡Por Dios!

VEREM. ¡Un crimen!

JUDIT. ¡Qué! Mirad mis ojos;
serena estoy.

VEREM. (Avergonzado.) ¡Señora!

JUDIT. Solamente
los criminales tiemblan. Por los claustros
mi litera hasta allí diréis que traigan.
(Por la segunda puerta.)
¿Contáis con gente fiel? (A Adelardo.)

ADEL. Que por serviros
su sangre verterán.

JUDIT. Pues á esa niña,
sin un rumor ni un grito, como el viento
veloz, Conde Adelardo, á mi castillo
de Fulvi llevaréis esta mañana.
La Emperatríz en la litera todos
creerán que conducís; pero entre tanto,
como una criminal que huye, cubierta
por un velo mi faz, con vos de Italia
tomaré yo el camino. (Por Veremundo.)

ADEL. ¿Y Brunegilda
pensáis que á obedeceros se resigne?

JUDIT. Pues ello es fuerza. (Con energia.)

ADEL. Me ordenáis un rapto.

JUDIT. En el nombre de Dios. (Solemne.)

VEREM. (Fluctuando.) Mas...

JUDIT. Desde Roma
veré yo al Santo Padre con su diestra
á Carlos separar de Brunegilda.
Fray Veremundo, que su enojo el cielo
descargue sobre mí, si lo que os mando
sumiso obedecer no es orden suya.

¿Quién en la tierra como yo, su madre,
puede á Carlos querer? ¡Si yo daría
mi sangre por un beso de su boca!...

VEREM. Sale del alma vuestro acento y oigo
mi madre en vuestra voz. Dios os inspira.
Cuando mandéis, señora.

JUDIT. (A Adelardo.) ¿Vos?...

ADEL. Yo á Fulvi
llevaré á la doncella.

JUDIT. Mas juradme
como á vuestra hija amarla mientras vuelvo.

ADEL. Ni en noches de delirio mi cabeza
turbó sombra de crimen. Yo os lo juro,
señora, por mi honor.

JUDIT. Ya cuando quiera
puede venir el Rey.

VEREM. Que Dios nos valga.

JUDIT. Con nosotros está.
(Fray Veremundo se va por el foro y Adelardo por la segunda puerta de la derecha.)
(Aparte.) ¿Crees, alma mía,
que te protege el cielo? ¿Y si esta prueba
mata á aquel ángel? Dí. Si luégo Carlos ..
Dios, castígame á mí que soy la culpa.
(Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VI

GISEMBERT, viniendo por el foro y viéndola marcharse.

Es Judit. Allá va... ¡Si yo pudiese
mirarte el corazón!... ¡Qué amarga el labio
la hiel debe encontrar que en él destilo!
Hoy será... y aquí... y todo es obra mía.
¿De qué te sirvió, díme, el separarlos
si he vuelto á unirlos yo? Y ahora, responde:
¿cómo vas á impedir sus esponsales?

¿Y si consientes?... ¡Oh! ¡Cuál tu tormento
no será si consientes! Ni en la tumba
la santa paz encontrarán tus huesos.
Menos tu dolor fuera, si con brasas
en los piés y acostada sobre víboras,
te revolcases hoy, mañana y siempre.
Pero no. Consentirlo tú es locura;
no lo puedes querer. Al hijo tuyo
todo se lo dirás; y la vergüenza,
del rostro al corazón yendo y viniendo,
de tu pecado hará que al fin te abrases
en el fuego que atiza de contínuo
mi aliento vengador.

ESCENA VII

GISEMBERT y BRUNEGILDA, por la primera puerta de la derecha.

BRUNEG. Si mi presencia
no os importuna...
GISEMB. ¿A mí? No.
BRUNEG. Es que hoy me espanta
la soledad.
GISEMB. Serviros es mi anhelo.
BRUNEG. ¿Y mi padre?
GISEMB. El mensaje ha recibido.
BRUNEG. ¡Oh! Gracias, Gisembert. Vos le salvásteis
anoche; bien os ví y aquí lo guardo. (Por el corazón.)
Así que esposa de mi Carlos sea,
junto á mí os quedaréis. En vuestras manos,
diga el Rey lo que quiera, esa arpa es dulce.
¡Qué daño os debió hacer lo que antes dijo!
GISEMB. No.
BRUNEG. ¿De veras?
GISEMB. Sí tal.
BRUNEG. (Para que confirme lo que va diciendo. Él está distraído.)
Carlos es bueno ..

y hermoso... ¿No es verdad?

GISEMB. Digno, señora, de vos.

BRUNEG. ¡Oh! ¡Si le adoro!... ¿Y vos? Decidme: ¿vos nunca habéis amado?

GISEMB. (Bruscamente.) ¿Quién, yo? Nunca.

BRUNEG. Habéis vivido sin vivir entonces... ¿A quién contáis las dichas?

GISEMB. No las tengo.

BRUNEG. ¿Y las penas?

GISEMB. Soy solo, sin amigos.

BRUNEG. ¿Pero no hay nada vuestro aquí en el mundo? ¡Desgraciado!

GISEMB. La tumba de mi padre.

BRUNEG. ¿En quién pensáis de día?

GISEMB. En él.

BRUNEG. ¿De noche?...

GISEMB. En él, tan sólo en él.

BRUNEG. ¡Qué extraña vida! No; no cabe el amor en tales almas.

GISEMB. (Agarrándole el brazo convulsivamente.) Callad. Yo amé también.

BRUNEG. ¿Vos?

GISEMB. Esta roca fué un corazón.

BRUNEG. Me lastimáis.

GISEMB. Oídme:
servía... á otro señor... y en otros tiempos.
¿Quién más felíz que yo junto á mi padre?
Los sonidos del arpa y mis canciones
eran mis compañeros. De repente,
la más rara hermosura por esposa
diéronle al Rey. Al despuntar el día
yo en el cuarto nupcial gozoso entraba;
y los ecos del arpa y de la aurora
la rojiza vislumbre, despertábanlos
en el paño al llamar de una cortina.
Mas yo, viejo ya entonces; yo, ceniza

sin haber sidó fuego, sentí abrirse
á otra vida mi sér, ella las horas
llenando una por una en mi existencia.
No sé cómo, una noche aquel augusto
recinto, ciego profané. Desierto
y envuelto en sombra estaba. No se oía
más que mi corazón, y en mis oídos
como un aire de besos. De sus formas
aún marcando la huella, allí la cama
debía estar; y de su pié desnudo
la leve traza en la alcatifa mora.
¡Oh! ¡Luz, luz para ver! Postrado en tierra,
los labios palpitantes y febriles
hundí en el paño que cubría el lecho;
pero un grito me heló. De pronto el cuarto
de gente y luz llenóse.

BRUNEG. ¿Qué?

GISEMB. ¡La Reina
estaba allí en su cama!

BRUNEG. ¡Ah!

GISEMB. ¿Cómo entonces
me dejaron la vida? Oíd, señora.
Yo salí del castillo, pero al alba
gritando volví á entrar: «¡Matadme, fieras!»
Entre la vil canalla, atado á un poste,
—tal como lo temí—me hallé á mi padre.
«Tu hijo,» le preguntaban; y crugía
caracoleando el látigo en su espalda.
«¡Mónstruos, yo soy!» Y con furor las olas
separé de la gente; y se me hundieron
los piés en sangre; y en un cuerpo unidos
nuestros cuerpos quedaron. Por cien veces
del látigo sentí la ardiente lengua;
y aullaba la canalla; y roja de ira
ví en lejano balcón que me miraba
la Reina fijamente. ¡Oh Dios! Un grito
salvaje dí, mis dientes rechinaron
y mi cuerpo rodó por tierra, inerte.

¡Nunca volviera en mí! Sobre mi boca
la de un muerto encontré: la de mi padre.

BRUNEG. ¡Oh! ¡Qué horror! Gisembert...

GISEMB. (*Calmado y con ironía.*) Todo lo curan
los años, y la Reina he conseguido
que, á fuerza de humildad, su agravio olvide.

BRUNEG. ¿Vos la habéis perdonado? ¿No?

GISEMB. ¿Yo? ¿Á ella?
Hasta la horrible muerte de mi padre
le perdonara.

BRUNEG. Su honra defendía.

GISEMB. ¡Su honra! ¡Su honra! ¡Y ya entonces en sus brazos,
(*Con violencia.*)
del esposo en ausencia, la estrechaba
su vil amante!

BRUNEG. ¿Qué decís?

GISEMB. (*Con ira creciente.*) Señora,
juré sobre los huesos de mi padre
lacerar de esa Reina sin entrañas
el corazón.

BRUNEG. ¿Vuestra pasión entonces?...

GISEMB. Si infinito no fuera el odio, fuera
infinito mi amor.

BRUNEG. (*Espantada.*) Me asusta oiros.
Calláos, Gisembert.

GISEMB. Quiero que viva
dentro del cuerpo prisionera el alma,
teniéndome ella á mí por carcelero.

BRUNEG. ¡Dejadme! (*Aterrada.*)

(*En este momento aparece en la primera puerta Judit; y Gisembert, cambiando su ira en aparente alegría, dice riendo lo que sigue. Toma el arpa y se va por la segunda puerta de la derecha, perdiéndose á lo lejos los sonidos de las cuerdas y sus carcajadas.*)

GISEMB. ¿Os asusté? ¡Bah! No hagáis caso.
Todo es pura ficción; cuentos, quimeras,
en que el juglar inspira sus canciones.

ESCENA VIII

JUDIT y BRUNEGILDA

JUDIT. ¡Brunegilda!
BRUNEG. Señora.
JUDIT. ¿Estáis llorando?
BRUNEG. Contra mi gozo aquí todo conspira.
JUDIT. ¿Vos me amáis?
BRUNEG. ¡Cómo no, siendo su madre!
JUDIT. (*Contrariada y con vehemencia.*)
No me entendéis... No es eso. ¿De mi hijo
pensáis que quiero el bien? ¿Juzgáis honrado
mi corazón y la virtud mi enseña?
¿Me estimáis, Brunegilda?
BRUNEG. Hay en vuestra alma
un obscuro misterio que me asusta.
JUDIT. Sí... Dios eterno.
BRUNEG. Hablad.
JUDIT. No.
BRUNEG. ¿Por qué roto
queréis ver este amor?
JUDIT. Porque condénanlo
Dios y el mundo.
BRUNEG. Si fuera así, mi padre
no me llevara al crimen.
JUDIT. Él ignora
lo horrible que es este infernal misterio.
El no lo sabe todo... y yo decírselo
no puedo.
BRUNEG. (*Muy marcado; horrorizada creyendo comprenderlo.*)
¡Oh Dios! ¡Qué luz!
JUDIT. ¿Qué he dicho?
(*Aterrada, sacudiéndola por un brazo y mirándola de hito en hito, temerosa de haberse descubierto.*)
BRUNEG. (*Anonadada.*) Nada.

No. ¡Qué horroroso! No es posible. En vano
queréis mi corazón llenar de dudas;
si este amor fuera un crimen, Dios no hubiera
dejado que naciese. ¡Cómo! ¿Lágrimas?
(Reparando en Judit que llora.)
Complaceros quisiera...

JUDIT. (Creyendo lograrlo.) ¡Oh! Sí.

BRUNEG. Matadme;
mas no me separéis de él en la vida.
Si ayer antes de verle le adoraba,
hoy que vuelvo á encontrarle otra vez mío,
vivir sin él no puedo. Hablad. Yo os juro,
(Con vehemencia, mirándola fijamente.)
sí... eso es verdad, antes que unirme á Carlos
darme la muerte á vuestro cuello asida
y en su lugar besándoos. ¡Suya ó muerta! (Llorando.)

JUDIT. ¿Vos morir? No; sería vuestra muerte
mi infierno aquí, en el mundo. No hay quien rompa
este lazo fatal. . ¿Pero qué culpa
tenéis Carlos ni vos, desventurada?
Venid sobre mi pecho. ¡Cuánto os amo!
(Acariciándola tristemente.)
Y era mi frente así, pura como esta,
mis cabellos sedosos, en los días
en que el ángel de Welp me apellidaban...
Belleza... juventud... Ya estáis muy lejos.

ESCENA IX

DICHAS y ADELARDO, por la segunda puerta de la derecha.

ADEL. La litera, señora.

JUDIT. (Aparte, levantándose resueltamente.) Es el instante;
no queda otro camino.

BRUNEG. Por Dios, gracia;
no os vayáis.

JUDIT. Es preciso, Brunegilda,

el separarnos hoy. Mas si en mi ausencia
(Con angustia.)
algo no comprendéis de lo que ocurra,
si un agudo dolor os hiere el alma...

BRUNEG. ¡Oh, señora!

JUDIT. Juradme que en la vida
no maldecirá nunca vuestro labio
á esta pobre mujer, cuyo delito
es ser madre.

BRUNEG. Yo os juro amaros siempre.
Y así que esposa suya...

JUDIT. (Resuelta, al oirla.) ¡Oh! Brunegilda...
venid; acompañadme á la litera.
(Adelardo levanta la cortina para dejarles paso.)

ADEL. Si traidor soy al Rey, complazco al alma.
(Vase tras ellas.)

ESCENA X

CARLOS; luégo JUDIT

CARLOS. Pactar yo con Bernardo... Dirán todos
en Tolosa que entrar por las murallas
no pude en la ciudad, y á Brunegilda
me uno para vencer á mis hermanos,
á ese precio comprando al Conde. Ignoran
que hoy, como siempre, le odiaré.

JUDIT. (Sin ver al Rey.) Respiro.
Ya se fué... ya se aleja... ¡Desgraciada!
¡Qué tormento hay en mí! Pronto. Acabemos.
¡Mi manto! (Yendo á entrar en sus habitaciones.)

CARLOS. (Indiferente.) Madre... ¿Vos?

JUDIT. (Aparte.) ¡Mi hijo!

CARLOS. Os creía
lejos de San Serní.

JUDIT. (Con marcada emoción.) No... luego, Carlos,
cuando decline el sol.

CARLOS. Como ello os plazca.

JUDIT. (Ap.) ¡Dios mío!

CARLOS. ¿Y Brunegilda?

JUDIT. Ansiosa espera
el momento...

CARLOS. ¿Está allí?

JUDIT. Sí; en ese cuarto...
(El Rey da un paso; Judit le detiene.)
Pero... reposa...

CARLOS. ¡Estáis descolorida
y os tiemblan en los labios las palabras!
¿Qué tenéis, madre?

JUDIT. Nada.

CARLOS. Retiráos.

JUDIT. Bien, hijo.
(Vacila, apoyándose en un mueble para no caer.)

CARLOS. ¿No lo véis? Tomad mi apoyo.
(Yéndola á sostener; pero con frialdad.)

JUDIT. Ya pasó... No fué nada... Puedo sola...
Dejad. (Oscila y cae sentada.)

CARLOS. ¿Por qué? Si Brunegilda acaso...
(Tratando de entrar; ella le detiene con la mirada.)

JUDIT. No. (Con dolor.)

ESCENA XI

DICHOS y BERNARDO, por el foro.

BERN. Señor.

CARLOS. (Aparte con reprimida cólera.)
¡El!

JUDIT. (Aparte.) ¡El vil!

BERN. Mi juramento
de adhesión aceptad.

CARLOS. (Muy seco, interrumpiéndole.) A vuestra hija
quiero y no más.

JUDIT. (Aparte, queriendo irse por donde vino Bernardo.)

Huyamos.

BERN. (A Carlos.) Os esperan
emisarios de paz. Audiencia dadles,
os lo suplico. En ello va Tolosa.
(Judit, al irse por el foro, pasa junto á Bernardo, que al reparar en ella, la detiene.)
¿Vos aquí? (Judit cae sentada con abatimiento.)

CARLOS. ¿Qué os extraña?

BERN. Es que salía
la litera imperial. Todos las armas
rindieron á su paso, y vuestra escolta,
creyendo custodiaros, os seguía.

JUDIT. ¡Dios mío! (Aparte.)

CARLOS. (Receloso.) ¡Madre!

JUDIT. Confundísteis, Conde.

CARLOS. ¡La amarillez de vuestro rostro!... ¿Y ella?
¿Dónde está? (Judit le mira fijamente sin responderle.)

BERN. (Comprendiendo.) ¿Mi hija?

CARLOS. (Entrando por la primera puerta de la derecha.)
¡Brunegilda!

JUDIT. (A Bernardo.) ¡Mónstruo!
¿Cuando yo sufro por mi crimen, puedes
tú así gozar?

BERN. ¡Judit!

JUDIT. (A Dios.) Señor... llevadme.

BERN. ¿Mi hija?

CARLOS. (Volviendo á aparecer iracundo.)
Madre, no está; no se la encuentra.

BERN. ¡Brunegilda!

CARLOS. ¿Qué es de ella? La palabra
¿por qué es rebelde en vos? ¿Dónde está? Pronto.

BERN. ¡Oh! ¡La litera!...

CARLOS. ¿Un rapto? Respondedme.
(Judit le mira siempre con fijeza.)
¿Es cierto? ¿Se la llevan? Hablad, madre.
¡Por Dios!

BERN. (Al Rey.) ¡Oh! Sí, aún es tiempo...

CARLOS. Que mis tropas

salgan tras ellos sin demora alguna.

JUDIT. No, Conde. (Con fiereza, cortándole el paso.)

CARLOS. ¡Ira de Dios! De mi presencia
quitadme á esta mujer.

JUDIT. ¡No, Carlos... Hijo!
(Oponiéndose al Conde y suplicando al Rey.)

CARLOS. ¿Vuestro hijo? No. Lo que en mi sér hay vuestro
lo rechazo por vil.

JUDIT. (Cae desmayada.) ¡Aire!... Me ahogo.

ESCENA XII

JUDIT, CARLOS, BERNARDO, BRUNEGILDA y GISEMBERT

(Bernardo ha vacilado entre socorrer á Judit ó ir en busca de su hija. Al ir á salir por la puerta de los claustros, aparece en ella Brunegilda y detrás de ella, riendo y con la espada desnuda, Gisembert, que se queda á la entrada. Carlos corre á Brunegilda; pero ésta, que iba á arrojarse en sus brazos, se aparta de él y vuela al socorro de Judit.)

CARLOS. ¡Brunegilda!...

BERN. ¡Hija mía!

BRUNEG. ¡Ah! No. Tu madre
que se muere.

CARLOS. (Por Judit, con amargura.)
¡Oh!

GISEMB. (A Carlos.) El juglar os la devuelve.

CARLOS. ¿Vos? ¡Cómo! Hablad.

GISEMB. Reclusa en la litera,
se la llevaban ya; pero en el pórtico
los detuve. «Os engañan, compañeros.
No va la Emperatriz bajo esos paños.»
Y huyeron los traidores y la frente
inclinaron ante ella los leales.

CARLOS. ¡Oh! Gracias, Gisembert.

GISEMB. ¡Señor!

JUDIT. (Reconociendo á Brunegilda, con extrema tristeza.)

¿Vos? (Ap.) ¡Ella!
(Alto.) ¿Por qué otra vez volvísteis, Brunegilda?

GISEMB. (Aparte desde el foro, sarcástico.)
Los quiso separar... No; aquí en mis brazos
unidos para siempre... En su presencia.
Yo velo por su dicha.

CARLOS. (A Judit.) ¿Veis, señora?
Conmigo Dios está.

BRUNEG. (Corriendo á Judit.) También con ella.

JUDIT. (Yendo con paso vacilante, pero febrilmente, á arrodillarse en la capilla.)
¡Iluminad, Señor, mis pensamientos!

ESCENA XIII

JUDIT, BRUNEGILDA, CARLOS, BERNARDO, GISEMBERT y GERICO, que llega por el foro.

GERICO. El Abad y los nobles que llegaron
de Tolosa, os aguardan.

CARLOS. No he de verlos.

BRUNEG. (A media voz y aterrada.)
Carlos... me asustas... ¡Padre!

CARLOS. Que se vayan
de nuevo á la ciudad. Soy tuyo, esposa.

BERN. (Al Rey.) Va la paz de los reinos. Por mi hija
yo velaré, señor.

BRUNEG. Anda, sí, Carlos;
es por tu bien; lo exijo. (Ap.) ¿Por qué tiemblo?

CARLOS. (Á Judit, que vuelve y se para rígida delante de la capilla.)
Pronto aquí volveré con la nobleza
para que sepan que hoy á Brunegilda
tomo, en vez de Hermentruda, por esposa.
Andad, buen Gisembert, y que en el templo
los blandones enciendan. Que á esta cámara
tráigan, decid, al punto cruz y palio
para llevar al ara á vuestra Reina.

(Salen Giscmbert y el Rey por el foro.)

BERN. Por fin me sentaré cerca del trono.

ESCENA XIV

JUDIT, BERNARDO y BRUNEGILDA, cuyo terror ha de ser muy marcado durante toda la escena.

BRUNEG. ¡Ay, padre!

BERN. ¡Brunegilda!

JUDIT. Conde, oídme;
antes que mi hijo vuelva quiero hablaros.

BERN. Como ordenéis, señora.

JUDIT. (A Brunegilda.) Dios tan sólo
nos debe, hija, escuchar; yo os lo suplico.

BRUNEG. ¡Qué latidos aquí! (Aparte por el corazón.)

BERN. Delante de ella
podéis hablar, señora.

JUDIT. (Con enegía y horror.) ¿Que lo diga
queréis todo en presencia de este ángel?

BERN. No, mas... (Suplicante.)

BRUNEG. Yo me iré, padre.

JUDIT. (Nerviosamente.) Sí, sí; pronto.
Salid, que vuela el tiempo. Andad.

BRUNEG. (Aparte.) La duda
rasgaré aunque en saberlo yo aventure
la vida. He de escuchar.

(Brunegilda atraviesa la capilla y sale por la puerta que hay en el fondo de ella y que cierra tras sí. Entre tanto Judit ha ido cerrando todas las de la escena.)

ESCENA XV

JUDIT y BERNARDO

JUDIT. Aquella puerta...
y esta... y todas cerradas.

BERN. Pero...

JUDIT. (Resuelta y con solemnidad.) Ahora
sólo Dios en la cruz puede ya oirnos.
(Por el Crucifijo de la capilla.)
Mírame y oye bien, Conde Bernardo:
no soy la Emperatríz, la dama augusta
cuya virtud purificaba el solio
de Ludovico el Magno. Soy la sierva
de tus placéres, la hembra miserable
que al tálamo nupcial llevó el oprobio.

BERN. Señora, ¿á qué evocar de tiempos idos
muertas memorias?

JUDIT. Ante Dios, que escucha,
te pregunto, Bernardo, horrorizada:
¿cómo á la sangre del esposo puede
su sangre unir el que manchó su nombre?

BERN. Vuestro miedoso escrúpulo me asombra.
Ya os debió dar su absolución la Iglesia.
¿Qué más queréis si se lavó la culpa?

JUDIT. Yo no he dicho mi falta al sacerdote,
ni decírsela puedo. El trono á Carlos,
mi falta al propagarse, costaria...
Porque... Bernardo... No. Calma, sí; calma.
(Temiendo descubrirse.)

BERN. ¿Vos callásteis? Y bien. No será el muerto
quien se lo cuente á nadie en el sepulcro.
¿A qué, pues, tal temor?

JUDIT. ¡Y yo os he amado!

BERN. Dejad, señora... (Queriendo ir á abrir.)

JUDIT. ¡Nunca! Aquí de hinojos,
con el fervor que á Dios, toda mi vida
puesta en mis labios, yo os lo ruego, Conde:
ese enlace romped.

BERN. ¡Jamás!

JUDIT. ¡Por ella,
por mi hijo, porque encuentren nuestras almas
su salvación!

BERN. Alzad; todo es en vano.

JUDIT. Por nuestro amor, por él...

(Al acabar de pronunciar las últimas palabras, se levanta aterrada de lo que ha dicho.)

BERN. Ya es desvarío;
ha de ser y será.

JUDIT. ¡Nunca! Aquí, dentro
de este anillo, un veneno hay que la muerte
da lo mismo que un rayo al que lo besa.
Si vivo en este instante es que segura
me juzgo de vencer.

BERN. Pues bien, oídme
también á mí, Judit: si en otras horas,
que por lejanas ya parecen sueños,
os consagré mi amor, fué que en mi alma
latir sin freno la ambición sentia.
Por colmarla pensé, vana quimera,
á Ludovico asesinar y al lado
vuestro sentarme á compartir el trono.
No os atrevisteis vos... no fué mi culpa.
Mas cuando otra vez voy, por Brunegilda
que es mi amor, á subir casi hasta el solio,
¿queréis que sea yo, yo quien de nuevo
me abra el abismo? Sin volver la cara
marché cuando adulterio y regicidio
me llevaban. Hoy mi hija me conduce
y al triunfo sin pararme voy de frente.
Basta, Judit; de par en par las puertas.

JUDIT. ¡Antes un rayo nos deshaga á todos!

BERN. (Con ira creciente hasta que se indique.)
¿Do estaba entonces Dios, que entre mis brazos,
adúltera mujer, no le temías?

JUDIT. Soy vuestra Emperatríz.

BERN. Tú lo dijiste:
no eres la Emperatríz; eres de la honra
del esposo y del hijo disoluta
derrochadora.

JUDIT. (Resueltamente.) ¿Tú lo quieres? ¡Basta!
Puedes abrir las puertas: yo á mi hijo
confesaré mi crimen.

BERN. ¿Tu deshonra?
JUDIT. ¡Yo, sí! ¿Qué importa? ¡Antes que el cuerpo, el alma!
BERN. Tú callarás por él, por Brunegilda,
por tí... (Amenazador.)
JUDIT. ¿Y por Dios?
BERN. (Cogiéndola por un brazo.) ¡Oh! ¡Callarás!
JUDIT. (Yendo á abrir.) ¡Aparta!
BERN. ¡Miserable! (Derribándola en el suelo.)
JUDIT. ¿Qué?
BERN. ¡Muere de vergüenza
de mirarte á mis piés! ¿Por qué me obstruyes
el paso? ¡Basta ya! ¡Muere en la tierra,
esclava vil de mis placeres harta!

ESCENA XVI

DICHOS y CARLOS, desde dentro por el foro.

CARLOS. ¡Madre!
JUDIT. ¡Ah! ¡Mi hijo!
(Al oirle se levanta y corre á quitar las llaves de las puertas para que Bernardo no tenga huída.)
BERN. (Retrocediendo, aterrado.) ¡Es él! ¡Carlos!
JUDIT. A la víbora,
soldado aventurero, en las entrañas
le has clavado las uñas. Tal vez muerta
la creiste, y por eso vil, cobarde,
te atreviste con ella. Mas la víbora
se levanta y te escupe su veneno
en la cara, felón.
CARLOS. ¡Madre!
BERN. (Suplicante.) Señora...
callad.
JUDIT. Vas á morír. Así se rompe
el pacto criminal. Yo avergonzada
caeré á los piés de Carlos con mi culpa;
mas tu alma, hablando, arrastraré al infierno.

¡Esta estancia, Bernardo, es tu sepulcro!
(Queriendo ir á abrir resueltamente; él se lo impide suplicante.)
¡Hijo!

BERN. ¡Piedad!

CARLOS. ¡Que rompan esta puerta
con un hacha!

BERN. ¿Por dónde huír, por dónde?
(Después de convencerse con una mirada de que todo está cerrado, corre á la puerta del fondo de la capilla, que tampoco puede abrir, y retrocede á la escena.)
¡Oh, Dios!

JUDIT. ¡Hijo! (Llegando ya á la puerta.)

BERN. ¡También cerrada! (Por la de la capilla.)

JUDIT. ¡Carlos!

BERN. ¡Judit!

JUDIT. ¡No!
(Forcejeando para abrir la puerta tras la cual se halla el Rey.)

BERN. Van á abrir... Este oratorio...
Detrás de esta cortina.
(Corre la cortina sobre la arcada y queda oculto detrás.)

JUDIT. (Abriendo.) ¡Carlos!

CARLOS. ¡Madre!
(Ya en la escena, se para y mira en todas direcciones. Dos Soldados armados quedan en la puerta.)
Vos no estáis sola, madre; hay aquí dentro
un hombre que os retaba. ¿Quién es? ¡Pronto!

JUDIT. ¡Hijo... sí! ¡Hay aquí un vil! (Como loca.)

CARLOS. ¡Vil, pues se esconde!

JUDIT. (Sin que los Soldados puedan oirlo.)
Antes de que naciéseis, ya ese infame
deshonró vuestro nombre.

CARLOS. ¡Ah, ¡Qué! ¡Mi nombre!
¡Hablad! ¿Bajáis los ojos? ¿Es que fuísteis
vos á mi padre infiel? ¿Calláis? ¡Oh, infierno!
¿Dónde está el vil?

JUDIT. ¿Qué vais á hacer?

CARLOS. ¡Matarle!

JUDIT. ¡Hijo! ¡Vos no! ¡Yo misma haré justicia!

(Poniéndose delante de la cortina con los brazos extendidos.)
La falta cometí; lavo la falta.
Ni un paso vos: yo sola.

CARLOS. ¡Sí! ¡Tú fuíste
verdugo de la honra; sé verdugo!

JUDIT. ¡Yo! ¡Yo! (Quitándose el anillo.)

CARLOS. ¡Mas pronto!

JUDIT. (Aproximándose á la cortina y hablando al Conde.)
Ten: besa este anillo
y por tu mano muere. ¡Yo, la viuda
del esposo ultrajado, su honor vengo!

CARLOS. (Avanzando para descorrer la cortina.)
¡Ahora no ha de valerle ni el sagrado!

JUDIT. (Conteniéndole ya inútilmente.)
¡Hijo! ¡Nunca!

CARLOS. (Ya junto á la cortina.) ¡Apartad!
(Se oye el ruído de un cuerpo humano que cae. Carlos se detiene.)

JUDIT. ¡Ah! ¡Que la culpa
redima con su muerte!

CARLOS. ¡Oh!

ESCENA XVII

JUDIT, CARLOS, GISEMBERT, GERICO, RASÉS, CABALLEROS, PAJES y CORTESANOS

GISEMB. (Entrando muy alegre á la cabeza de todos.)
Ved: ya acuden
á la fiesta, señor, de vuestra dicha.

CARLOS. ¡En qué instante! (Aparte.)

GISEMB. Los clérigos esperan.
Hoy es todo placer... Día de gala.

JUDIT. Los esponsales hoy mi hijo suspende.

CARLOS. Señora... ¿Qué decís?

RASES. ¿Cómo?

GISEMB. ¿Qué causa?

JUDIT. Murió el Conde Bernardo. Aquí está. Vedle.
¡Ah!
(Al descorrer la cortina da un grito horrorizada. Todos retroceden. Carlos se precipita sobre el cuerpo de Brunegilda, que aparece muerta delante del altar. La puerta del fondo de la capilla está abierta de par en par.)

CARLOS. ¡Brunegilda!

GISEMB. (Acercándose.) ¿Qué?

JUDIT. (Aparte, aterrada.) (Lo oyó todo
y muere por su padre. ¡Mártir!)

CARLOS. ¡Muerta!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sacristía del monasterio de San Serní. La escena á media luz durante todo el acto. Amanece. La claridad viene de los claustros, cuyos arcos se abren en el foro. A la derecha, en segundo término, una puerta que da á la iglesia y por la que penetra resplandor de luces. Otra en el mismo término de la izquierda, que conduce al interior del monasterio. Por el suelo, lápidas sepulcrales. Grandes armarios, bancos y arcas macizas por la escena. Junto á la puerta de la iglesia una mesa con un Crucifijo encima.

ESCENA PRIMERA

GERICO, que viene de la izquierda, despierta á RASÉS, que duerme recostado en un banco.

GERICO. Señor... ¿Dormís, Rasés?
RASES. ¡Quién! ¿Vos? Soñaba
que subía del fondo de estas losas
el santo Emperador, de hierro armado,
refrenando su potro y á rezaga
siguiéndole en tropel sus escuadrones.
GERICO. La soledad del sitio que nos cerca
se refleja en el alma y la conturba.
RASES. Dadme luchas, Gerico, en campo abierto

y más duro seré que mi coraza;
pero lejos de mí dolor que al rostro
de una mujer se asoma. Y ayer tarde
yo ví á la Emperatríz, suelto en sus hombros
el cabello, á un cadáver abrazada.

GERICO. ¿Y el Rey?

RASES. Lejos de todos; en el templo.
Vedlo inmóvil allí, como una sombra
velando el cuerpo de la pobre niña,
de la hija de Bernardo.

GERICO. ¡Oh! Desventura.
En ese mismo altar debió por Reina
ser consagrada ayer, y hoy es ceniza.

RASES. Mas decidme: ¿y Bernardo?

GERICO. No parece,
y estar, no obstante, aún debe entre nosotros,
pues cercan tropas el convento y dobles
guardias tienen las puertas.

RASES. Yo daría
mis armas de combate al que el misterio
de esa muerte rasgara, y del enojo
que del Rey por Bernardo á brotar vuelve.

GERICO. Yo sólo sé que ayer con Brunegilda
la paz murió, Rasés. Que los caudillos
volvieron á Tolosa más que nunca
de encono y de venganza henchido el pecho,
y que el odio al Rey Carlos, por la tierra
como el fuego en la estopa se propaga
del fuerte á la ciudad, del monte al llano.

RASES. Dios esté con nosotros.

GERICO. Mucho temo
que Dios, Rasés amigo, no nos oiga.

ESCENA II

DICHOS y GISEMBERT, por los claustros.

GISEMB. ¡Cómo! ¿En la sacristía ya á estas horas,
señores?

RASES. (Señalando la segunda puerta de la derecha.)
Junto al Rey.

GISEMB. (Irónico cuando lo exija el diálogo.)
¡Ah! Sí. Comprendo.
Su dolor es hoy justo ¡Cuántas cosas
ha perdido el Rey Carlos en un día!

GERICO. ¿Sabéis?

GISEMB. Yo lo sé todo.

RASES. ¿Quién fué causa
del fin de Brunegilda?

GERICO. Sí... ¿Qué mano?..

GISEMB. Ella se dió la muerte. Con el Conde
Judit hablando estaba; y tales cosas
la doncella escuchó, que su existencia
cortó de un golpe de terror transida.

GERICO. Mas... ¿Cómo sabéis vos?...

GISEMB. A ella abrazada
lo decía Judit. ¡Ah! Si pudiese
devolverle la vida... Del Rey Carlos
mujer la quise yo.

RASES. (Extrañado.) ¿Qué?

GISEMB. Paso abridme,
que esas dos majestades junto al negro
túmulo quiero ver: la muerte y Carlos.
Este soñando aprisionar la tierra,
y parar no pudiendo un débil soplo
de vida en unos labios... Reíd conmigo.
La otra no tiene nada y manda en todo.

RASES. ¡Si os escuchara el Rey!... En este instante
y en este sitio vuestra risa ofende.

GISEMB. ¿Y ya sabéis que la alegría anuncian

mis carcajadas hoy? (Ap.) ¿Qué han de entenderme!
(Se retira á un lado.)

ESCENA III

DICHOS y CARLOS, que viene de la iglesia y se sienta no lejos de la entrada.

RASES. ¡El Rey!
GERICO. Señor...
(Queriendo ir á su encuentro y deteniéndose.)
RASES. No le estorbéis.
CÁRLOS. Dormida,
más dormida ahora está. Sobre su rostro
la amarillez se extiende. No; no acaba
la muerte con morir, que á todas horas
su trabajo prosigue. Ya está muerta,
pero más cada vez se va muriendo.
(Mirando adentro.)
Crece el círculo negro de sus ojos...
Ni ella parece ya... No; ya no es ella.
¡Todo aquí muere, todo! Hoy lo comprendo.
GERICO. (A Rasós.) No distraigamos su dolor; se goza
también sufriendo.
RASES (Aparte á Gerico.) El corazón me rompe.
Vengan combates, pero no del alma.
GISEMB. (Aparte, resueltamente.)
¡Ea! ¡Valor! ¡Ayúdeme el infierno!
(Esforzando la voz para que el Rey oiga lo que va á decir.)
Caballeros, oíd. ¿Queréis que os diga
la nueva horrible que escuchó de labios
de Judit y Bernardo esa doncella?
GERICO. ¡Oh! Sí.
RASES. Pero en voz baja. Si el Rey oye...
GISEMB. (Siempre irónico y con el propósito de que Carlos le oiga.)
Carlos no puede oirnos. El Rey sueña
con su perdido amor. También hablaban
ellos de amor... la Emperatríz y el Conde...

Recordaban á cierta dama augusta
que deshonró al marido; que su tálamo
nupcial, amante ciega, compartía
con un vil caballero.

GERICO. (Notando que el Rey escucha.) El Rey...

GISEMB. Y ahora,
¿queréis nombres? Bernardo es el amante,
Ludovico el esposo.

CARLOS. (Levantándose y golpeando la mesa.)
¡Oh, Dios!

RASES. (Comprendiéndolo todo.) ¡Que escucha
Carlos!

GISEMB. (Desentendiéndose y esforzando la voz.)
Y en fin, si el de la dama adúltera
os importa saber...

GERICO. Ni una palabra...

RASES. Gisembert...

CARLOS. (Ap. avanzando.) ¿No hablará?

(Rasós y Gerico, al ver que va á hablar, huyen por los claustros demostrando que nada quieren saber.)

GISEMB. Judit se nombra;
es nuestra Emperatríz.

CARLOS. ¡Oh! ¡Vil!

(Levantándolo entre sus brazos y dejándolo caer en el suelo.)

ESCENA IV

CARLOS; GISEMBERT, diciendo todo lo que sigue mientras el Rey le tiene derribado.

GISEMB. La esposa
de Ludovico y madre del Rey Carlos.

CARLOS. Calla, traidor. La lengua á retorcerte
y á arrancarte aquí voy. Quisiera, infame,
bajo mis piés pulverizar tus huesos.

GISEMB. ¡Padre! (Volviendo los ojos al cielo.)

CARLOS. ¿Cómo aún no está la tierra, díme,

para tragar tu podredumbre, abierta?
¿Es que hasta sus gusanos te rechazan?
¿Qué muerte darte con la cual prolongue
tu agonía á mis piés?

GISEMB. (Con mucha intención.) ¡Y el Conde vive!

CARLOS. Es cierto... ¡Oh! ¡Maldición!

GISEMB. Todo su enojo
el niño vierte en mí, que apenas eco
del crimen soy, y el crimen se resguarda
bajo este techo.

CARLOS. Gisembert, la vida
para vos si decís donde se encuentra.

GISEMB. Señor... Yo soy muy viejo. ¿Qué me importa
ya á mí vuestro perdón? Venid, matadme;
pero el otro dejad que libre viva.

CARLOS. ¡Oh! ¡Dios! ¿Dónde está el Conde? (Amenazándole.)

GISEMB. (Muy marcado.) Vuestra madre
os lo podrá decir.

CARLOS. (Yendo á matarlo y deteniéndose.) Yo te lo juro
por tu cruz, mi puñal, antes que el día
concluya, ó de Bernardo tú en el pecho
ó aquí en mi corazón. Que Dios te valga.
(Vase precipitadamente por la izquierda.)

ESCENA V

GISEMBERT, con feróz alegría, levantándose del suelo poco á poco.

Sí que lo matará, que mis palabras
sobre él cayeron, como caen chirriando
candentes gotas de metal fundido
sobre la carne viva. ¿Yo que llevo
veinte años hace entre ellos y Bernardo
manteniendo la lucha, dejaría
que el vejamen la muerte de esa virgen
rompiese? Nunca. Padre, ya la nube
se ha formado otra vez .. ¡Relampaguea!...

Se oculta aquí en el monasterio el Conde
y el Rey lo encontrará. Cuando sin vida
ruede á sus piés, esparciré á los vientos
el misterio fatal. Y ahora, si puedes,
libra, Judit, al Conde del Rey Carlós.

ESCENA VI

GISEMBERT y JUDIT, que viene por la izquierda sin reparar en él.

GISEMB. Es ella. (Aparte.)
JUDIT. ¿Dónde está? Sí. Ya la veo.
(Mirando á la iglesia)
Mis culpas te mataron, pobre mártir;
perdón. ¡Ah! Gisembert.
GISEMB. Sí... Yo, señora.
JUDIT. ¡Dadme fuerzas, Dios mío! (Aparte.)
GISEMB. (Aparte.) ¡Qué cambiada!
JUDIT. (Queriendo preguntar por Bernardo y no atreviéndose)
Gisembert... No.
GISEMB. Ordenad...
JUDIT. (Aparte.) ¡Horrible angustia!
¿Cómo decirle?...
GISEMB. En vuestros ojos leo.
JUDIT. ¿Sí? ¿Mi hijo?... Hablad. (Rápidamente.)
GISEMB. (Fingiendo indiferencia.) Vuestro hijo todavía
no ha dado muerte al Conde.
JUDIT. (Muy emocionada) Si Bernardo
se halla aquí, que de par en par las puertas
se le abran en seguida. Lejos... lejos
del monasterio el Conde. Al que le saque
de estos muros, mis joyas, mi diadema
imperial; todo, todo se lo entrego.
GISEMB. Sí... Pero el Rey no quiere que se salve
y tenáz le persigue.
JUDIT. (Angustiada.) Que me lleven
adonde esté Bernardo: quiero al Conde

de mi hijo defender.

GISEMB. (Con intención.) ¿Luego os espanta
que sea el Rey su matador, decidlo?

JUDIT. ¿Por qué así me miráis? (Retrocediendo.)

GISEMB. Porque, señora,
conozco yo también la angustia vuestra:
no es sólo Dios el que en las almas lee.

JUDIT. ¿Vos? Hablad. (Con agitación creciente.)

GISEMB. Años hace, un pobre loco
os quiso con pasión.

JUDIT. No sé...

GISEMB. Una noche
lo encontraron oculto en vuestra estancia,
llamándoos de rodillas. Vos del crimen
os vengásteis... de ser amada. El loco
tenía un padre anciano, y por cien veces
(Hasta aquí con tristeza, desde ahora con ira.)
sobre los dos el látigo infamante
enroscándose al pecho y á la espalda
silbó. Donde el pan ambos se partían,
los dolores del alma y de la carne
se partieron también. Murió en la angustia
desangrado allí el padre En cuanto al hijo...
(Abriéndose el traje por el pecho.)
¡Ved cual su cuerpo ennegreció el azote;
mirad su alma aún más negra en el semblante!

JUDIT. ¿Vos? ¿Sois vos? ¡Oh! ¡Qué horror! Hay sombra vaga
de ese extraño suceso en mi memoria.

GISEMB. ¡Cómo! ¿No habéis sufrido en vuestra vida
el crimen recordando? ¡Oh! Sí. Fué crimen.
(Reprimiéndose.)
Mas yo de nuevo penetré en la estancia.

JUDIT. ¿Qué hombre es este? (Con espanto.)

GISEMB. Después del nacimiento
del Rey Carlos.

JUDIT. (Con indignación.) ¡Salid! ¡Idos!

GISEMB. Dormida,
señora, estábais; pero hablando en sueños.

JUDIT. ¿Y me escuchásteis vos?
GISEMB. Sí.
JUDIT. ¡Miserable!
¿Pero qué dije yo?... No, no me importa.
Basta.. Salid.
GISEMB. Señora... (Retirándose friamente.)
JUDIT. (Deteniéndole.) No, vil; habla.
Habla.
GISEMB. Me revelásteis un secreto.
JUDIT. Más bajo.
GISEMB. Que por él media corona
vuestros hijastros dieran.
JUDIT. Al oído...
Seguid.
GISEMB. Y que al saberlo, de las madres
los hijos dudarían...
JUDIT. Que nos oyen
los muertos... ¡Oh! Más bajo.
GISEMB. (Resueltamente.) Y que por siempre
diadema y cetro á Carlos costaría.
JUDIT. ¡Mónstruo infernal! ¿Qué quieres? ¿Quién te puso
cruzado en mi camino? Todo el reino,
todo de Carlos es.
GISEMB. (Con intención.) ¿Queréis que os diga
qué es lo que en sueños en el cuarto hablábais?
JUDIT. (Con un grito del alma.)
No, por piedad. Decid que habéis mentido;
que todo lo inventó la fantasía...
GISEMB. Señora, el Rey ya acaso mató al Conde.
JUDIT. (Ap.) ¡Oh! Sí. Todo lo sabe.
GISEMB. Este secreto
veinte años guardo aquí. (Por el corazón.)
JUDIT. Ni una palabra,
Gisembert, por favor... Por las cenizas
de vuestro padre.
GISEMB. (Como herido.) ¡Ira de Dios! Por ellas
la venganza juré y ahora la invoco.
JUDIT. ¿Y vos me habéis amado? (Con horror.)

GISEMB. ¿Si os amaba?
¿Cómo decirlo yo que ella me entienda?
Juntad todos los besos de la vida:
los que en la frente á vuestro Carlos dísteis;
los besos á Bernardo en boca y ojos;
los besos á Jesús de hinojos puesta.
Y de esos besos juntos, mezcla extraña
de espíritu y materia, angustia y gozo,
formad uno que á todos los comprenda:
pues ese hubiera sido el de mis labios
abriéndose al calor de vuestra boca.

JUDIT. (Ap.) ¿Lo manda Dios para tormento mío?
(Alto.) ¡Oh! ¡Perdón!... Mas callad.

GISEMB. (Con fiereza.) Si honrada fuéseis
ya os hubiera yo absuelto. ¡Pero impura
y de otro el goce! No. Sobre vos cáiga
la maldición del cielo y de mi padre.
(Vase por el foro.)

ESCENA VII

JUDIT, cubriéndose la cabeza con las manos como para librarse de la maldición de Gisembert.

¡Ah! No, no. Ya se fué. Y este hombre puede
á mi hijo destronar... Ven, que las uñas
dentro del corazón, fiera, te clave.
Pero si hablase.. ¡Oh Dios! ¿Cómo el peligro
conjurar? Nunca á Carlos el secreto
me atreveré á decirle... ¿Si á Bernardo
pudiese confiarme? El fuera escudo
del Rey... ¿Pero entregar debo á ese hombre
mi hijo? ¿Qué hacer? Si Gisembert propala
todo el horror... Que mi agonia acabe. (Resuelta.)
¿Dónde hallar á Bernardo? ¡Ah! Brunegilda
lo dirá desde el cielo; ¡que hasta muerta,
la hija debe saber dónde está el padre!

(Corriendo á la puerta de la derecha en el momento en que aparece por ella Bernardo, completamente desfigurado por el dolor, que debe ser inmenso durante toda la escena.)

ESCENA VIII

JUDIT y BERNARDO

BERN. ¡Atrás!
JUDIT. ¡Cielos! ¡Bernardo!
BERN. ¡Atrás, señora!
No pasan ese umbral los asesinos.
JUDIT. ¡Oh!
BERN. ¡Por favor, de ese veneno dadme
conque me habéis matado á Brunegilda!
JUDIT. No, Conde; yo la culpa de su muerte
rechazo: para vos era el veneno.
Pero... Bernardo, huíd; que no os encuentre
Carlos.
BERN. ¿Y ya la vida qué me importa?
Con el alma os lo pido; de ese tósigo
dadme que ella tomó.
JUDIT. ¡Callad!... ¡Me mata
vuestro pesar, callad!
BERN. Una cortina,
del Rey huyendo, me ocultó: la puerta
sentí de pronto abrirse á mis espaldas.
«¡Idos, padre; yo os salvo!» ¡Ay! ¡Hija mía!
Eché á andar espantado á la ventura
no sé por donde. De la iglesia alzarse
vi sobre mí la bóveda, y salvado
me juzgué allí, esperando que llegaran
los sombras de la noche. En el sepulcro
del Conde Brach, junto al yacente mármol,
rezando me escondí, creyendo á veces
que el Conde para verme se volvía.
Pasaron horas, y perdidas voces
sentí desde mi hueco que llegaban,

y luego mucha gente que un cadáver
lejos de mí dejó. Y el sol se puso;
vino la noche, el alba... y al fin sola
quedó la iglesia. Me atraía el muerto
y hacia él corrí... ¡Hija mía! ¡Brunegilda!
¡Ella que hirió de muerte vuestra mano!

JUDIT. No, Bernardo; se ha muerto horrorizada
de mí y de vos, porque escuchaba oculta
cuando le dije á Carlos mi delito.
Ella me lo juró: «¡Del Rey ó muerta!»

BERN. ¡Mujer incomprensible! ¿Vos sois madre
y así ante el hijo os deshonráis?

JUDIT. Primero
que verla suya, que la tierra á todos
nos trague, Conde. (Ap.) ¡Si decirle osara!...
¡no puedo! ¡Idos! (Alto, con desesperación.)

BERN. ¡Oh, no! ¡Dios me castiga!
La frente inclino y á morir me apresto.
De mi pasado los sangrientos crímenes
espanto dan. Al borde de una tumba
tarde lo reconozco. ¡Ah! Si mi hija
se hubiera unido al Rey, yo al lado suyo
y en sus ojos mirándome, me hubiera
tal vez regenerado, pues la amaba
más que á todos mis hijos. Me cubría
tan pura con sus alas, que junto á ella
yo era un niño no más. Cuando mis brazos
estrechaban su cuerpo y tiernamente
con mi rostro frotaba su mejilla,
«¡Salvado estoy!» decíame. «¡Es tan pura,
que hasta á mí me redime! ¡Allá en el cielo
me hace un sitio á su lado el ángel mío!»
Yo todo os lo perdono; todo, todo,
menos que mi hija el alma me haya visto!

JUDIT. ¡Cómo me place oíros! ¡Brunegilda
desde el cielo os perdona. ¡Al fin del claustro,
caballeros... y el Rey! ¡Oh! Si viniesen...
¡Idos!

BERN. ¡Voy á morir; gracias, señora!

(Dando unos pasos hacia el claustro.)

JUDIT. No, Conde.

BERN. ¡Paso os digo!

JUDIT. (Hace arrodillar á Bernardo violentamente delante del crucifijo y le dice con solemnidad.)

¡De rodillas
y ante Dios en la cruz oíd, Bernardo,
mi horrible confesión. Que mis palabras
no oigan ni el aire ni la luz: vos sólo.

(Judit le habla al oído. Sólo deben percibirse los sollozos de ella interrumpidos por las frases de Bernardo. Todo ello no dura más que un instante.)

BERN. ¡Él!... Judit... ¡Él!

(Judit no quiere que diga ni una palabra, temeroso de que se descubra.)

JUDIT. Sí.

BERN. ¡Oh, Dios! La luz me falta.

(Vacilando y sosteniéndose en un mueble.)

JUDIT. ¡Es Carlos!... ¡Oh! ¡Salid!

BERN. ¡Dejad, señora,
que lo mire una vez!

JUDIT. ¡Callad!... ¡Salváos!
¿Queréis ahora morir?

BERN. (Al oirla, corre á besar el crucifijo.)

Por él la vida
guardaré.

(Judit le va empujando hacia la puerta de la derecha, impidiendo siempre que hable.)

JUDIT. Ved que llegan. (Vase Bernardo.)
¡Señor! ¡Gracias!

(Vase tras él.)

ESCENA IX

CARLOS, GERICO, RASÉS y CABALLEROS. Rasés no se presenta hasta que se indique. Gerico y los Caballeros rodean al Rey hablando entre sí con mucha agitación. Carlos entra en escena seguido de Rasés y de los Caballeros; los demás quedan en la galería.

CARLOS. ¿Y me hablan hoy de azares de la guerra
teniendo aquí la muerte? (Por el corazón.)

GERICO (Suplicando con angustia.) ¡Vuestras órdenes
dadnos! ¿Qué hacer? Los muros de esta casa
no pueden resistir una embestida.

RASES. (Abriéndose paso por la galería.)
¡Paso abridme! Señor, otro refuerzo
llegó á Tolosa; la noticia es cierta.
Roto el cerco está ya.

CARLOS. ¡Todo en un día!
Pues levantar el sitio y para siempre
de aquí alejarse.

RASES. (Suplicante.) Al punto.

CARLOS. (A todos los Caballeros.) Bien. Mas ella
con su esposo vendrá. Juntad las tropas
y volved luego aquí para llevárnosla;
su tumba tiene en Aquisgrán, que duerma
do me entierren á mí. De esa arca santa
sed vosotros escudo. Os la confío.
(Se van los Caballeros, unos por la izquierda y otros por los claustros.)

ESCENA X

CARLOS, luego ADELARDO y JUDIT, cuando se indique.

CARLOS. Todo con ella se hunde en el sepulcro:
Honra, poder, amor.

ADEL. (Por los claustros.) Señor...

CARLOS. ¿Quién? Conde,

¿vos? (Con sorpresa al reconocerle.)

ADEL. Yo, mi Rey. Cuando á serviros vuelvo,
juzgad si es el motivo poderoso.

CARLOS. ¿Podéis volver la vida á ese cadáver?
¿Matásteis á Bernardo? Pues entonces,
¿qué me importan á mí cielo ni tierra?
(Entra Judit del templo y se sienta á un lado de la escena.)

ADEL. Despertad ya, señor Ved que peligra
el trono que tenéis de vuestro padre.

CARLOS. Conde Adelardo...

ADEL. Se alzan por doquiera
los nobles contra vos. Vuestros hermanos
coligados se acercan con gran séquito.

CARLOS. ¡Oh! ¿Qué decís?

ADEL. Cercado de traidores
estáis.

JUDIT. (Ap) ¡Oh Dios! ¡Si Gisembert hablase!...

ADEL. Sólo hay un hombre que salvaros puede.
(Mucho interés por parte de Judit.)

CARLOS. ¿Quién es?

ADEL. Aunque le execro, yo sus órdenes
por vos, señor, acataré sumiso.
No rechacéis el pacto con el Duque
de Septimania.

CARLOS. (Con furor.) ¿Con Bernardo? ¡Conde,
que su vida me den y húndase el trono!

JUDIT. ¡Ah!
(Carlos al oirla se cubre el rostro con las manos. Adelardo se dirige á ella.)

ADEL. (Ap. á ella.) Se pierde, señora.

JUDIT. (Resueltamente y aparte á Adelardo.) Idos... Dejadnos.
Yo con él hablaré.

ADEL. Dios os proteja.
(Vase Adelardo. Carlos queda cubriéndose el rostro. Judit le habla con el mayor afecto.)

ESCENA XI

JUDIT y CARLOS

JUDIT. Vuestra mano, hijo mío; ¡si supiéseis
lo horrible que es morirse sin los besos
del sér que hemos llevado en las entrañas!
Carlos, siento la muerte.
CARLOS. (Apartándose.) En la otra vida
reclaman contra vos. Esa doncella
su amor que le robáis, mi padre su honra.
Su hijo y su amante soy.
JUDIT. Yo vuestra madre;
y aun cuando cielo y tierra se conjuren
á una mujer culpando, el hijo debe
defenderla en sus brazos; que es su madre,
sér de su sér, y vida de su vida,
y alma de su alma en fin. ¡Y una, una sola!
CARLOS. Pues el sér arrancadme si eso es cierto...
JUDIT. ¡Oh!
CARLOS. Y la vida y el alma.
JUDIT. (Aparte.) ¡Qué tortura!
CARLOS. ¿Cómo verdugo y víctima en mí pueden
existir á la vez? Por Dios, decidme
que vos no sois mi madre.
JUDIT. Que os lo digan
las fibras de mi sér que al escucharos
se rompen. ¡Hijo mío! (Con un grito supremo.)
CARLOS. (Con tristeza.) Idos, dejadme.
Que yo no os vuelva á ver.
JUDIT. ¡Ah! ¿Que me aleje?
¿Me rechazáis? A mí... Bien. En un claustro
me encerraré por siempre; pero oídme
por la postrera vez. De aquí idos pronto
y seguid el consejo de Adelardo.
CARLOS. ¿Que á Bernardo me acoja? (Reprimiéndose.)
JUDIT. Sí.

CARLOS. (Con horror, pero fingiendo acceder.) ¡Oh!

JUDIT. El os salva
y á verle no volvéis. Yo os lo suplico.

CARLOS. (Siempre fingiendo.)
Pero... ¿Es que vos sabéis dónde está oculto?

JUDIT. Para impedir la lucha sólo aguarda
vuestro perdón.

CARLOS. (Aparte.) Bernardo... Ella te entrega.
Señora... Si es preciso, yo... (Alto, fingiendo.)

JUDIT. Hablad, Carlos.
¿Por fin le perdonáis? ¡Oh! ¡Si supiéseis!...

CARLOS. (Lentamente repugnándole lo que va á decir.)
Que llegue... hasta su Rey .. Yo le perdono.

JUDIT. ¡Oh! (Corriendo á Carlos.)

CARLOS. (Con frialdad, deteniéndola.)
Vos al cláustro. (Ap.) Tú, puñal, espera.
(Judit quiere seguir hablando; él para evitarlo huye por la izquierda.)

ESCENA XII

JUDIT, después FRAY VEREMUNDO, que viene del templo con dos Monjes más.

JUDIT. Le perdonó... Si es bueno. Que Bernardo
lo sepa al punto. Con amor la tierra
bajo sus plantas besará. Sus culpas
ya ha lavado el dolor. ¡Oh! Que el secreto
nunca sus labios ante mi hijo digan.

VEREM. Señora...

JUDIT. (Con gran dolor.) Que la huesa el cuerpo frío
reciba, padre, al fin de aquella santa.

VEREM. Para traerla aquí nuestros hermanos
prevenidos están. (Señalando al templo.)

JUDIT. Que el Rey no sienta
vuestros cantos; que cuando vuelva encuentre
que sobre el cuerpo se cerró la losa...

VEREM. Y se evite el dolor de esta partida.

JUDIT. (Ap.) Me espanta hasta que se unan en la muerte.

VEREM. Venid... (A los Monjes.)

JUDIT. (Aparte.) Ahora, aunque encuentren á Bernardo,
no importa; él cerrará la sepultura. (Vase al templo.)

ESCENA XIII

FRAY VEREMUNDO y los dos MONJES. En una de las piedras sepulcrales hay dos anillas. Haciendo esfuerzos para levantarla, los Monjes descubren una huesa, cuya losa quedará apoyada sobre un arca ó una columna, como mejor convenga.

VEREM. Aquí hay uno vacío. Alzad la losa,
que hoy de lecho nupcial á aquella virgen
ha de servir. Viciado en las tinieblas,
la luz le ruboriza y no se atreve
por eso á abrirse. Hagamos otro esfuerzo.
(Levantan la piedra.)
Por fin cedió. Dijérase que el brazo
de algún mónstruo la piedra sujetaba. (Mirando dentro.)
¡La noche de la muerte! Su aire hiela...
y allá... al fondo del fondo algo que mira.
Ya se acercan los Monjes... Y el cadáver...
Mas... ¿quién les acompaña? ¡Es él! (Por Bernardo.)

ESCENA XIV

BERNANDO, JUDIT, CARLOS, FRAY VEREMUNDO, GISEMBERT, ADELARDO, RASÉS, GERICO, CABALLEROS y MONJES. Todos van apareciendo según se indique. Se presenta Bernardo seguido de Judit y después van llegando los Monjes de dos en dos con luces. Al entrar el Rey se detienen.

BERN. (Con dolor inmenso.) Me roban
á la hija de mi alma. ¡Ah! Su sepulcro.
(Parándose ante él.)

JUDIT. Pero ella desde el cielo ser os manda (Llorando.)
de Carlos defensor. A Brunegilda
lloremos. Y después... después al hijo...

BERN. Con vuestra confesión la paz perdida
me habéis vuelto, señora. Ella primero; (Por su hija.)
pero después por él la vida entera.

(Carlos entra por la izquierda seguido de muchos Caballeros, todos armados.)

CARLOS. Venid y en marcha ya con su cadáver.

(Carlos y los Caballeros dan unos pasos para ir á recoger el cuerpo de Brunegilda; pero se paran sorprendidos. Judit retrocede y Bernardo se aparta á un lado.)

JUDIT. ¡Ah!

CARLOS. (Sorprendido.) ¿Y esta claridad? ¿Por qué los monjes
se congregan?

VEREM. Señor, porque la tierra
lo que es suyo reclama.

CARLOS. (Acercándose á la huesa.) De una tumba
la boca aquí... y allá... ¿Qué? ¡Brunegilda!
¡Oh! No. Jamás. ¿Quién osa? De estos muros
yo la arranco, y en medio de mis huestes
me la llevo á Aquisgrán. Todos seguidme.

(A los Caballeros. Al ir á dirigirse el Rey al templo, Bernardo se arroja á sus piés, sollozando y abrazándole las rodillas.)

BERN. ¡Deteneos, señor... Rey mío... Carlos!

CARLOS. ¿Qué hombre es este? ¿Vos? ¡Él!

BERN. Yo, sí, que lloro
besando vuestros piés. ¡Si vos supiéseis!...

(Se oyen los sollozos de Judit.)

CARLOS. Duque de Septimania. (Ap.) ¡Miserable!

(Alto fingiendo serenidad; pero con cólera reconcentrada.)

Conde Bernardo... alzad; alzad os digo.

JUDIT. ¡Dios mío!... (Aparte.)

BERN. ¡Si supiéseis lo que os amo!...

CARLOS. (Con voz recogida que sólo Bernardo le oiga.)
¡Hombre vil! ¡Tú que al lecho de mi padre
llevaste la deshonra... muere.

(Lo hiere con el puñal. Bernardo cae junto á la tumba.)

BERN. ¡Oh!

CARLOS. (Arrojándolo dentro con el pié.) Huesa,
yo te doy ese cuerpo.

JUDIT. (Avanzando hacia el Rey.) ¡Carlos!

CARLOS (A la tumba.) ¡Sáciate!

JUDIT. (Al Rey solo con voz apagada.)
¡Oh, Carlos! ¿Qué habéis hecho? ¡Es vuestro padre!
(Carlos aparta á su madre, que cae apoyándose en un mueble y por fin en el suelo.)

BERN. (Con voz moribunda desde el fondo de la huesa en el momento en que el Rey va á mirar.)
¡Hijo!

CARLOS. ¡Infierno!

BERN. ¡Hijo!

CARLOS. ¡Horror! ¡Ah! ¡Todos fuera!
(A los Caballeros y á los Monjes, arrojando como un loco con las dos manos sobre la sepultura la losa, que resuena lúgubremente, queriendo impedir así que se oigan los gritos de Bernardo, que pueden hacerle perder corona y honra, y ahogando también los de su conciencia.)
Cantad el *De profundis*... Las campanas...

JUDIT. ¡Oh! (Cayendo exánime.)

CARLOS. ¡Cantos!

BERN. ¡Hijo!

CARLOS. ¡Dadme cantos!

GISEMB. (Horrorizado de su propia obra.) ¡Padre!
¡Por todos ruega á Dios! ¡Que Él nos perdone!
(Al caer la losa, los Caballeros y los Monjes, aterrados por la catástrofe y por la loca desesperación del Rey, se alejan arremolinados por el fondo, los Caballeros hablando bajo y haciendo crugir las armas con el choque, y los Monjes cantando á media voz el *De profundis*. Al ir á caer el telón empieza á aparecer por el templo la caja mortuoria de Brunegilda cubierta de paños riquísimos; las campanas vuelven á doblar. Gisembert deberá estar colocado detrás de los Caballeros y no se dejará ver hasta el momento en que habla. Desde que cae la losa, hasta el final, la acción debe ir muy rápida.)

FIN DE LA TRAGEDIA

OBRAS DE D. ENRIQUE GASPAR

Corregir al que yerra....	Comedia en un acto, original en verso.
El onceno no estorbar....	Id. en un acto, id. id.
La escala del matrimonio.	Id. en tres actos, id. id.
Candidito. (Tercera edición.)	Id. en un acto, id. id.
No lo quiero saber (2.ª ed)	Id. en un acto, id. id.
¡Pobres mujeres! (5.ª ed.)	Id. en un acto, id. id.
El piano parlante..........	Id. en tres actos, id. id.
El sueño de un soltero...	Id. en un acto, id. id.
Moneda corriente..........	Id. en tres actos, id. id.
Cuestion de forma.........	Id. en tres actos, id. id.
El jugador de manos.....	Comedia en tres actos arreglada del francés.
Las circunstancias.........	Id. en tres actos y en prosa, original.
La chismosa................	Id. en tres actos y en verso, original.
La levita. (Segunda edición)	Id. en tres actos, en prosa, original.
Don Ramón y el Señor Ramón......................	Id. en tres actos, en prosa, original.
La Can-canomanía.........	Sátira en un acto.
Los niños grandes..........	Comedia en tres actos, en prosa, original.
El estómago................	Comedia en tres actos, en prosa, original.
Atila........................	Drama en tres actos, en verso, original.
El oso proscripto.........	Comedia en tres actos, en prosa, original.
La Nodriza.................	Comedia en dos actos, id. id.
Las sábanas del cura......	Boceto en un acto, id. id.
La resurrección de Lázaro	Juguete cómico en dos actos y en prosa.

Administración pública... Boceto en tres actos y en verso.
Problema........................ Comedia en tres actos, en prosa.
Amor y arte............... Drama en tres actos en prosa.
La lengua. .... Comedia en tres actos en prosa.
La gran comedia.......... Comedia en tres actos y en prosa.
Lola......................... Comedia en tres actos y en prosa.
Las personas decentes... Comedia original en tres actos y en prosa.
La estatua ecuestre...... Boceto en un acto y en verso.
Mar y cielo............... Tragedia en tres actos, traducida del catalán.
El haba de san Ignacio. Comedia en tres actos y en prosa.
Judit de Welp............ Tragedia en tres actos, traducida del catalán.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.